

OBRAS CLÁSICAS DE SIEMPRE

Noches blancas

Fedor

Dostoievski

(1821-1881)

NOCHES BLANCAS

Dostoievski

PRIMERA NOCHE

Era una noche maravillosa, una de esas noches que quizá sólo vemos cuando somos jóvenes, querido lector. Había un cielo tan profundo y tan claro que, al mirarlo, no tenía uno más remedio que preguntarse, sin querer, si era verdad que debajo de un cielo semejante pudiesen vivir criaturas malvadas y téticas. Cuestión esta que, a decir verdad, sólo se la puede uno plantear cuando es joven, muy joven, querido lector. ¡Quiera Dios revivir con frecuencia esa edad en vuestra alma!... Mientras yo pensaba todavía de ese modo en los hombres más diversos, no tenía más remedio también que acordarme involuntariamente de mi propio panegírico de aquellos tiempos. Desde la mañana se había apoderado de mí una rara disposición de ánimo. Tenía la impresión de que, ya sin eso, tan solo, había de verme abandonado de todo el mundo, que todos habían de apartarse de mí. Naturalmente que todos tienen ahora el derecho de preguntarme: "Bueno, veamos, ¿quiénes son esos *todos*?" Pero llevo ya ocho años viviendo en San Petersburgo, y, a pesar de ello, todavía no me he dado traza de hacerme de un solo amigo. ¿Además, para qué quería yo amigos? Yo lo soy ya de todo San Petersburgo. Pero precisamente por eso es por lo que me parece que todos me abandonan, que todo San Petersburgo se dispone ahora a irse al



frescor del verano. A mí casi llega a inquietarme eso de quedarme solo, y llevo tres días muy triste, dando vueltas por la población, resueltamente incapaz de comprender lo que en mi interior pasa. En el Nevski, en el Jardín de Invierno, en los muelles, no era posible descubrir ninguna de las caras que yo solía encontrarme diariamente a la misma hora, en los mismos sitios. Los interesados, naturalmente, no me conocían a mí; pero yo... yo los conozco a ellos. Hasta los conozco muy bien; he estudiado sus fisonomías, y me alegro cuando los veo alegres, y me aflijo cuando los veo cariacontecidos. Sí, hasta puedo decir que una vez llegué a hacer casi una amistad; fue con un señor anciano, al que todos los días de Dios me encontraba, a la misma hora, en la Fontanka. Tenía un semblante muy serio y pensativo, y movía continuamente las mandíbulas, ni más ni menos que si rumiase algo; oscilaba un poco el brazo izquierdo, y en la mano derecha llevaba un largo bastón de nudos rematado en un pomo de oro. También él se había fijado en mí con interés. Seguro estoy que, cuando él no me encontraba a la hora consabida en el sitio acostumbrado, en la Fontanka, debía sentir una marcada contrariedad. Así que, por todo esto, faltó poco para que nos saludáramos al vernos, sobre todo teniendo en cuenta que ambos éramos personas de buen natural. No hace mucho todavía, como si hubiésemos estado dos días sin vernos, al encontrarnos al tercero, estuvimos ya a punto de llevarnos la mano al sombrero aunque afortunadamente recapacitamos a tiempo, dejamos caer nuestras manos y pasamos el uno frente al otro con señales visibles de mutua satisfacción en el rostro.



Conozco asimismo los edificios. Cuando paso delante de ellos, se diría que cada casa echa a correr no bien me ve, saliéndose dos pasos de su fachada, y me mira por todas sus ventanas y como que dice: "¡Buenos días, aquí estoy! ¿Cómo le va a usted? Yo, gracias a Dios, estoy espléndidamente, pero para el mes de mayo me van a levantar otro piso." O bien: "¡Buenos días! ¿Cómo está usted? Sepa que mañana me revocan la fachada." O, finalmente: "Mire usted, sabrá que hubo fuego y que estuve a punto de arder toda... ¡Si viera qué susto pasé!" Y otras cosas por el estilo. Claro que yo tengo mis favoritas entre ellas, y hasta buenas amigas. Una va a dejarse operar este verano por un arquitecto, que la reconstruirá y la dejará como nueva. Irremisiblemente tengo que pasar por allí todos los días, para que mi amiga no me aplaste del todo. ¡Dios la libre de ello! Pero nunca olvidé la historia de mis relaciones con aquella casa pequeñita color rosa claro, que me era tan querida. Era una casita encantadora, me miraba siempre con mucho afecto, y estaba tan orgullosa de su hermosura entre sus vulgares vecinas, que a mí se me reía siempre el corazón cuando pasaba por delante de ella. De repente, la semana pasada, al penetrar yo en la calle y mirar hacia mi amiguita..., he aquí que escucho un clamor lastimero: "¡Que me han pintado de amarillo! ¡Qué bárbaros! ¡Qué perversos! ¡No respetan nada! ¡Ni las columnas ni las cornisas!" Mi amiguita estaba, efectivamente, amarilla como un canario. Yo estuve a dos dedos, de puro enojado, de pescar la ictericia, que hasta ese punto se me revolvió con aquello la bilis, y hasta ahora no me he sentido, ni me siento aún, con valor para ver de nuevo a mi pobre amiguita, a la que los muy desalmados han puesto del color del Celeste Imperio.



De modo que... ahora comprenderá usted, mi querido lector, hasta qué extremo conozco yo a todo San Petersburgo.

Explicué ya cómo durante tres días hubo que torturarme una extraña inquietud, hasta que, finalmente, logré descubrir su causa. No me sentía bien en la calle (no veía a éste ni aquél, ni al otro ni a estotro... "¿Dónde diantres andarán?"), y tampoco en casa me encontraba a gusto; así que apenas si me conocía a mí mismo. Dos tardes invertí en indagar qué sería lo que me faltaba entre las cuatro paredes de mi casa, pero en vano. ¿Por qué me sentía tan a disgusto en ella? Con mirada indagadora contemplaba yo las verdes paredes renegridas por el humo, fijaba la vista en el techo, donde Matriona, con éxito rotundo, protegía a las telarañas; pasaba revista a todo mi mobiliario, sobre todo a las sillas, y mentalmente me preguntaba si no estaría ahí la razón de mi malestar (que tampoco en mi casa está hoy una silla como estaba ayer, pues no soy ya el mismo). Sí, hasta se me ocurrió la idea de llamar a Matriona y, en tono paternal, lanzarle un regaño por lo de las telarañas, y el abandono en que todo me lo tenía; pero ella se limitó a mirarme, muy asombrada, y se fue sin responder palabra; de suerte que las telarañas siguen incólumes, colgando todavía del techo. Pero esta mañana, finalmente, adiviné la causa de todo. ¡Ah! ¡Conque todos se van de veraneo y me dejan aquí solo!... Esto era y nada más: que se han largado. Perdonen ustedes lo trivial de la expresión; pero en aquel instante no se me ocurrió otra más clásica. Todos los vecinos de San Petersburgo habían abandonado ya, efectivamente, la ciudad o la estaban abandonando cada día y a cada hora. Por lo menos, a mis ojos,



todo señor de edad, de aspecto respetable, que montaba en un *droschki*, se transformaba en un honrado padre de familia que, después de despachar sus ocupaciones cotidianas, dejaba la ciudad para pasar el resto del día entre sus deudos y familiares. Todos los transeúntes tenían ya un aspecto totalmente distinto, un aspecto que parecía decirle a todo el mundo: "Nosotros estamos ya aquí por casualidad, pues dentro de un par de horas nos encontraremos lejos, en el campo." A veces se abría una ventana, en cuyos cristales repiqueteaban primero unos deditos largos y blancos, e inclinábase luego la linda cabecita de una joven llamando a la florista, y entonces imaginaba yo que también aquellas flores se encontraban allí "por casualidad" y que así las compraba la muchacha, no para recrearse junto a aquella maceta, en la que habría dos corolas abiertas como un pedazo de primavera en el cuarto ahogado, sino que, por el contrario, en seguidita abandonaría la población, llevándose consigo aquellas flores. Pero no era eso todo, sino que yo iba haciendo en mi nueva profesión de pesquisidor tales progresos, que no tardé en poder decidir infaliblemente, juzgando sólo por el aspecto exterior, qué lugar de veraneo había escogido cada individuo. Los vecinos de las elegantes "islas" o de las villas próximas a Peterhof se caracterizaban por su elegancia refinada, tanto en el andar como en cada uno de sus gestos, y hasta en sus trajes y sombreros de verano, y poseían carruajes magníficos, en los cuales venían a la ciudad. Los vecinos de Pargalovo y de más allá le "imponían" a uno a la primera mirada, con su discreta medida, y los de la isla Kretovski, con su jovialidad imperturbable. Cuando sucedía que me encontraba yo con una larga procesión de mozos de equipaje



que, con el pañuelo en la mano, trotaban remolones, junto a sus atestadas carretillas, en las que se bamboleaban montañas de mesas, camas, sillas, divanes turcos y no turcos, coronadas a veces en su cima por una reina del fogón, de rostro azorado que, cuando se sentía más segura, vigilaba con ojos de lince todo aquel aparato magnífico, a fin de que nada se cayera y quedara perdido en el camino... y también cuando veía por el Neva o el Fontanka un par de lanchas cargadas con utensilios domésticos, bogando rumbo a las islas o corriente arriba, hacia la Schornayarieschka... —tanto las lanchas como sus conductores se multiplicaban por decenas y por cientos a mis ojos—, me parecía que todo el mundo se levantaba, y, formado en caravanas, salía de la ciudad y que San Petersburgo se transformaba en un desierto, de suerte que yo sentía un bochorno enorme y me daba por ofendido y, naturalmente, me ponía también de mal humor, pues yo era el único de todos sus habitantes que no tenía posibilidad, ni tampoco razón ninguna, para salir de veraneo. Y eso que yo estaba dispuesto a montar en cualquier carretilla y acompañar a todo individuo que subía en un *droschki*, sólo que ninguno de ellos se dignaba invitarme. Venía a ser como si todos, de pronto, me hubiesen olvidado, cual si les fuese yo a todos ellos, en el fondo, completamente ajeno.

Daba yo frecuentes y largos paseos por las calles, de suerte que, según mi costumbre, me llegaba a olvidar de adónde iba. Una vez hube de encontrarme, finalmente, en los límites de la población. En aquel instante me entró mucha alegría, y me deslicé al otro lado de la barrera y seguí caminando por entre



los campos y praderas de sembradíos, sin sentir el menor cansancio, sino, por el contrario, como si me hubiesen quitado una carga de encima. Todos los que junto a mí pasaban me miraban de un modo afectuoso, que venía a ser como un saludo; todos parecían estar contentos por algo. Y también yo me puse muy alegre, como nunca lo he estado en mi vida...

Ni más ni menos que si me encontrase de pronto en Italia... ¡Tan poderoso hechizo ejercía la naturaleza en mí, enfermizo habitante de la ciudad que siente ahogarse entre los muros de las casas!

Hay algo indeciblemente patético en la naturaleza de nuestro San Petersburgo cuando despierta en primavera y pone de manifiesto, de golpe, todo su poder y despliega los bríos todos que el cielo le presta; cuando se cubre de tierna hierba nueva y se adorna de abigarradas flores y delicadas florecillas. Yo, entonces, pienso sin querer en una mustia jovencita, a la que miramos a veces con lástima, a veces con una extraña piadosa simpatía, y en la que a veces también ni reparamos, pero cuando menos se espera, como por arte mágico, se torna hermosa, tan hermosa, que quedamos desconcertados y aturcidos, al verla y nos preguntamos admirados: "Pero, ¿qué poder ha revelado de repente, en los ojos tristes y soñadores de esta chiquilla, tanta luz? ¿Quién hizo afluir la sangre a sus pálidas y flacas mejillas, y hace que su tierno semblante refleje ahora tan profunda pasión? ¿Por qué se levanta su pecho? ¿Quién, de pronto, ha infundido fuerza, vida y hermosura en el rostro de la pobre muchacha, cuya sonrisa suave brilla y se lanza a una risa ardiente?" Y miramos a nuestro alrededor, y



buscamos a alguien, y empezamos a presentir, a adivinar... Pero ese momento es pasajero, y quizá ya mañana volvamos a encontrar la mirada lánguida soñadora de antes, y a ver de nuevo el semblante pálido y la misma indolencia y vulgaridad de movimientos, y hasta algo nuevo, algo como pesar, como huellas de una pena y un enojo paralizadores, por aquel breve instante de animación festiva... Y siente una tristeza de que la belleza se haya agostado tan pronta e irrevocablemente, de que con lumbre tan falsa y vana haya brillado ante nuestros ojos: tristeza por no haber tenido tiempo de tomarle el gusto...

Y, no obstante, aquella noche fue para mí más hermosa que el día. Regresé tarde a la ciudad, y daban ya las diez al aproximarme a mi casa. Mi camino seguía la dirección del canal, donde a esa hora no suele haber ya nadie. Verdaderamente vivo en un barrio muy tranquilo y remoto. Yo iba andando y cantando, pues cuando me siento feliz, no tengo más remedio que ponerme a tararear alguna tonadilla, como todo hombre dichoso que no tiene amigos ni conocidos ni ser alguno con quien compartir sus momentos de alegría. Pero he aquí que, de improviso, aquella noche hube de verme envuelto en una sorprendente aventura.

No lejos de mí divisé una figura de mujer, estaba de pie y apoyaba los codos en el pretil del malecón, y, al parecer, miraba embebida las turbias aguas del canal. Llevaba puestos un sombrerito amarillo encantador y una coquetona capita negra. "Es una muchachita y, de seguro, morena", pensé. Ella pareció no sentir mis pasos, pues no hizo movimiento alguno al pasar yo junto a ella lentamente, conteniendo el aliento y con el



corazón palpitante. "¡Qué raro! —me dije—. Debe estar completamente ensimismada en sus pensamientos!" Y de pronto me estremecí y me quedé como clavado en el suelo: hasta mis oídos llegaban sollozos apagados. Si no me equivocaba, la muchacha estaba llorando... Al cabo de un ratito, volví a percibir otro sollozo, y luego otros. ¡Dios santo! El corazón me dio un vuelco. Por muy tímido que yo sea con las mujeres, lo que es ahora... ¡es que las circunstancias eran tan singulares!... En una palabra, me decidí en seguida, me acerqué a la joven y... habría irremisiblemente empezado por saludarla —"¡Señorita!"— de no haber recordado que esa expresión se encuentra, por lo menos, mil veces en todas esas novelas rusas en que se describe el ambiente de la buena sociedad. Sólo esto me contuvo. Pero en tanto buscaba en mi imaginación una fórmula de saludo adecuada, volvió en sí la joven, miró en torno suyo y, al verme, bajó los ojos y se alejó discretamente. Yo eché a andar en su seguimiento, lo que ella pareció notar, pues abandonó el muelle, cruzó el arroyo y pasó a la otra acera. No me atreví ya a seguirla. El corazón me temblaba como a un pajarillo cautivo. Pero en aquel momento la casualidad vino en mi ayuda.

En la acera referida surgió de súbito, en torno a mi desconocida, un caballero... un caballero sin duda de edad sólida, pero de un porte que no se acreditaba precisamente de tal. Andaba tambaleándose, y de cuando en cuando se apoyaba en las paredes. La mujer continuó andando con la vista baja, sin mirar a su alrededor, y con esa ligereza propia de todas las jóvenes que no quieren que se les acerque nadie y les ofrezca



acompañarlas hasta su casa. Tampoco el señor tambaleante la habría alcanzado nunca, de no haber recurrido, con cierta malicia, a algo que no podía preverse; sin decirle una palabra ni llamarle la atención, irguióse de pronto y empezó a seguirla. Ella iba ligera como el viento, pero el caballero se le acercó rápidamente y la alcanzó; la muchacha dio un grito y... yo le di gracias al destino por el bastón que en mi diestra llevaba. En un momento me trasladé a la otra acera; en un santiamén comprendió el individuo mis intenciones y volvió en su juicio; no dijo nada, retrocedió, y cuando ya estábamos a una distancia que no nos permitía oírle, empezó a protestar enérgicamente de mi proceder. Pero nosotros apenas oíamos sus palabras.

—Tómese usted de mi brazo —le dije a la desconocida—. Así no se atreverá a volver a molestarla.

En silencio puso ella su manecita, que todavía temblaba de emoción y de susto, en mi brazo. ¡Oh, intempestivo caballero! ¡Cómo te bendecía yo en aquel instante! Lancé una rápida mirada a mi desconocida; parecía encantadora, y era morena, según desde lejos me había parecido. En sus negras pestañas aún refulgían lágrimas de miedo o de pesar por el mismo motivo por el que lloraba en el muelle, ¡vaya usted a saber! Pero ya sus labios intentaban sonreír. También ella me miró de soslayo, se puso colorada al ver que yo la había advertido, y bajó los ojos.

—Dígame, ¿por qué huyó de mí con esa prisa? Si yo la hubiese acompañado, no habría ocurrido nada.



—Pero ¡si yo no le conocía a usted! Y pensaba que usted también...

—¡Ah! ¡Y ahora ya me conoce usted!

—Un poquito. Pero... ¿Por qué tiembla de ese modo?

—¡Oh! Veo que lo ha adivinado usted todo en seguida —repuse, pues creía un deber deducir de su observación que, además de bella, era lista—. ¡Cómo comprende usted a la primera mirada con quién tiene que habérselas! Mire, es la verdad que yo soy tímido con las mujeres y no niego que me emocioné no menos que usted hace unos minutos, cuando ese sujeto le causó ese susto... Y también ahora siento algo así como miedo; toda esta noche me parece un sueño, a mí, que nunca llegué a soñar que pudiese verme alguna vez en esta situación, hablando así con una jovencita.

—¡Cómo! ¿De veras?

—¡Palabra! Y si ahora me tiembla el brazo, sólo se debe a que nunca sintió el contacto de una manecita tan encantadora como la suya. Yo no tengo ya la menor costumbre de tratar señoras, lo cual no quiere decir que alguna vez la haya tenido. No; yo he vivido siempre solo, aislado... No sé siquiera cómo hay que hablar con las mujeres. Así, ahora, por ejemplo, no sé si le habré dicho a usted alguna necesidad. Si así hubiera sido, le ruego me lo diga con franqueza. No tema que se lo tome a mal.



—No, no, nada de eso; todo lo contrario. Y puesto que me ha pedido usted que sea sincera, le diré francamente que a mí me agrada mucho su timidez para con las mujeres. Y si todavía quiere saber más, le confesaré también que usted me resulta simpático, y que no le diré que se aparte de mi lado hasta que lleguemos a nuestra casa.

—Es usted tan encantadora, que voy a perder mi timidez — exclamé entusiasmado—. Y entonces, ¡adiós probabilidades!

—¿Probabilidades? ¿Qué quiere decir eso? ¡Eso sí que no me gusta!

—¡Perdone! Fue una palabra que se... me escapó enteramente contra mi voluntad. Pero ¿cómo puede usted pretender que en un momento como éste no haya sentido yo el deseo...?

—¿De agradarme?

—¡Claro! Pero... ¡por el amor de Dios, sea usted magnánima! Piense quién soy yo. Tengo ya veintiséis años... y aún no he tenido apenas trato de gentes. ¿Cómo podría de pronto, y sin preparación alguna, sostener un diálogo según todas las reglas del arte? Pero usted me comprenderá mejor si le digo todo francamente, si le pongo de manifiesto mi corazón. Yo no puedo callar cuando el corazón me da gritos... Créame, yo no conozco ninguna mujer, ¡ninguna! En general, no tengo quién me quiera. Pero sueño todos los días con que alguna vez, en



algún sitio, he de encontrar y he de conocer a alguien. ¡Ay! ¿Si usted supiera cuántas veces me he enamorado de ese modo!...

–Pero ¿cómo es posible? ¿Y de quién?

–Pues de ninguna mujer concretamente: sólo de un ideal que se me aparece en mis sueños. Yo, soñando, imagino novelas enteras. ¡Oh, usted no me conoce todavía! ¡Pero qué estoy diciendo! Naturalmente, he hablado en mi vida con dos o tres mujeres ¡pero qué mujeres! Pupileras y basta... Pero mire, quiero entretenerla contándole algo. He estado tentado varias veces a acercarme en la calle a alguna señorita y, sin más ni más, Ponerme a hablar con ella. Claro que cuando ella fuera sola y con todo respeto, pero también, con ansias y arrebatado de pasión, decirle cómo estoy solo en este mundo, y rogarle que no me echase de su lado, pues entonces no tendría ya ninguna ocasión de hablar con una mujer. Pensaba decirle que hasta es un deber de toda mujer no rechazar las súplicas modestas de un hombre tan desdichado como yo. Que, después de todo, cuanto le pido se reduce a que me permita decirle dos palabras fraternales y a que ella me demuestre algo de compasión y no me arroje de su lado desde el primer momento, sino que crea en mi palabra y se preste a oír lo que tengo que decirle, ¡y si lo toma a risa, será igual!; pero que, por lo menos, me conceda alguna esperanza y me diga dos palabras, siquiera para que se me alegre el ánimo, aunque no hayamos de volvernos a ver... ¡Pero usted ríe!... Bueno, después de todo, sólo se lo digo por...

–No se enoje usted conmigo. Me río únicamente porque usted mismo es su enemigo. Si usted lo intenta, ya verá cómo



consigue lo que desea, aunque sea en plena calle; cuanto más sencillamente, mejor. No hay mujer alguna, siempre que no sea una perversa o una tonta, o no esté malhumorada en aquel momento por alguna razón, capaz de rechazarle a usted sin escucharle esas dos palabras que dice... sobre todo si lo pide tan modestamente... Pero no, ¡qué digo! Claro que lo tomaría a usted por loco. Yo hablaba juzgando por mis sentimientos. Pero sé también un poquito a qué atenerme respecto de los hombres.

—¡Oh, muchas gracias! —exclamé—. ¡Usted no sabe la dádiva que con sus palabras me ha hecho!

—Bueno, bueno. Pero dígame en qué ha conocido que soy una mujer con la que, bueno, a la que usted considera digna de su atención y su amistad... en una palabra, que no es ninguna pupilera, como usted decía... ¿Por qué se decidió a acercármese?

—¿Por qué? ¿Por qué? Usted iba sola, aquel sujeto se condujo con usted como un atrevido y es de noche; reconocerá que era deber mío...

—No, no, yo digo antes, en la otra acera, en el muelle. ¿No quiso usted acercármese allí?

—¿Allí, en aquella acera? No sé qué debo contestarle... Temo... Sí, vea usted; yo estaba hoy tan contento; andando y cantando, me salí de los límites de la población; jamás me he sentido tan feliz. Usted, por el contrario... Pero quizá fuese sólo que me lo pareció... perdone que se lo recuerde... me pareció



que usted lloraba... y yo... yo no podía ver eso... me oprimía el corazón... ¡Dios mío! ¿No podría yo ayudarla? ¿No debía yo compartir sus penas? ¿Era pecado el que sintiera compasión por usted, como un hermano? Perdone, he dicho compasión... Bueno, es igual, en resumidas cuentas... ¿Puede ofenderla el que yo, involuntariamente, sintiera el impulso de acercarme a hablarle?

—Está bien, no continúe hablando, basta... —me interrumpió la joven. Miró confusa al suelo, y yo sentí que su mano temblaba—. Yo tengo la culpa, por haber empezado. Pero celebro no haberme equivocado con usted... Bueno, ya estoy como quien dice en casa, en esta travesía, a dos pasos de aquí... ¡Conque, adiós y gracias!

—Pero ¡cómo! ¿No nos vamos a volver a ver?... ¿Hemos de dar por terminado aquí nuestro conocimiento?

—Vea usted cómo somos —dijo ella riendo—: al principio sólo quería usted hablar dos palabritas y ahora... Después de todo, no le digo nada definitivo... ¡Puede que nos volvamos a ver!

—Mañana me tendrá usted aquí también —me apresuré a decirle—. Perdóneme si ya me muestro exigente.

—Sí, sí, tiene muy poca paciencia... Ya casi exige...

—¡Oiga, oiga usted! —Le interrumpí—, perdóneme que le diga una cosa... Mire, no tiene más remedio que ser así; mañana



tendré que volver a este mismo sitio. Soy un soñador, conozco apenas la vida real, y un momento como éste es tan raro de lograr para mí, que me sería absolutamente imposible no estarlo evocando continuamente en mis sueños. Esta noche me la voy a pasar toda entera soñando con usted, ¡qué digo la noche: toda la semana, todo el año! No tengo más remedio que venir mañana a apostarme aquí, en este mismo sitio donde ahora estamos, y a la misma hora, y seré feliz recordando nuestro encuentro de esta noche. Ya le tengo cariño a este sitio. Como éste, tengo ya otros dos o tres en San Petersburgo que me son queridos. A veces hasta he derramado lágrimas, como antes usted, al asaltarme de pronto un recuerdo... Quizá esta noche en el muelle llorase usted sencillamente por eso, por haber recordado algo... Perdone, ya he vuelto a hablar de eso. Acaso fuera usted allí una vez plenamente dichosa.

—Bueno —exclamó de pronto la joven—, óigame usted ahora: yo también estaré aquí mañana, a eso de las diez. Ya veo que no le puedo disuadir... Pero no sabe usted aún de lo que se trata... Es que no tengo más remedio que venir aquí. No vaya a figurarse que le doy una cita. Es que, por razones particulares y por interés exclusivamente mío, no tengo más remedio que estar aquí a esa hora, para que usted lo sepa... Pero... bueno, voy a serle completamente sincera; no importa que venga usted también. En primer lugar, quizá pudiera contrariarme el encontrarme sola, como hoy; pero eso no es tan importante... No, en resumen: que tendré gusto en volver a verle, para... hablar con usted un par de palabras. Sólo que... supongo que no irá a pensar mal de mí. No vaya a imaginarse que le doy una



cita... No haría eso ni aun cuando... Pero no, ése es mi secreto. ¡Ah! Sepa que ha de ser con una condición.

—¿Una condición? ¡Diga, hable! Desde ahora mismo la acepto; estoy dispuesto a todo —exclamé con sincero entusiasmo. Yo respondo de mí... Seré obediente y respetuoso... Ya usted me conoce...

—Precisamente por eso, porque le conozco, es por lo que le ruego que venga mañana —dijo la muchacha riendo—. Le conozco ya a usted a fondo. Pero, como le decía, ha de venir con una condición: será amable y accederá a mi ruego, ¿verdad? Mire: le hablo con entera franqueza; no me haga el amor... Eso no podría ser en modo alguno. En cambio, desde ahora estoy pronta a ser su amiga; aquí tiene mi mano... Pero otra cosa, no; se lo ruego.

—Yo se lo juro —exclamé, y cogí su mano.

—Bueno, no es preciso que jure; yo sé muy bien que es usted inflamable, como la pólvora. No me tome a mal que se lo diga así. Pero si usted supiera... No he conocido ningún hombre al que yo le pudiera dirigir la palabra o pedirle un consejo. Claro que, generalmente, no busca una sus consejeros en plena calle; pero usted es una excepción. Le conozco ya tan bien como si llevara veinte años de tratarle. ¿No es verdad que no es usted ningún informal, que sabe cumplir su palabra?



–Usted ha de verlo, ha de verlo... Sólo que no sé cómo voy a pasar las veinticuatro horas que faltan hasta mañana. ¿Cómo sobrevivir a esta noche?

–Duerma a pierna suelta. Y ahora, buenas noches... Y no olvide la confianza que en usted he puesto. ¡Pero era tan bello eso que dije antes! Y además, que tiene usted razón; no se puede dar cuenta de todos sus sentimientos, y aunque sólo se tratase de una compasión fraternal. ¡Mire, lo dije tan bien, que a mí, al momento, se me ocurrió la idea de poner en usted toda mi confianza!...

–Sí, muy bien; pero ¿para qué?

–Ya se lo diré mañana. Hasta entonces guardaré el secreto. Mejor para usted; cuando lo sepa todo, le parecerá cosa de novela. Puede que se lo cuente mañana; pero puede también que no. Antes he de hablar aún con usted de otra cosa; es menester que antes nos conozcamos mejor...

–¡Oh! Por lo que a mí se refiere, yo estoy dispuesto a contarle a usted mañana mismo toda mi vida. Pero ¿qué es eso sólo? A mí me parece como si me estuviese ocurriendo algo maravilloso... ¿Dónde estoy, santo Dios? Pero dígame usted: ¿no siente no haberme despedido con viento fresco en seguida que me acerqué? Han sido sólo dos minutos, y usted me ha hecho ahora para siempre feliz. Feliz; ¡así como suena! ¡Quién sabe, es posible hasta que me haya usted reconciliado conmigo mismo y disipado todas mis dudas!... Acaso tenga yo



momentos... ¡Ah, no!, mañana se lo contaré todo, y entonces comprenderá todo lo que...

– Bueno, convenido! Y usted será quien primero tome la palabra.

– ¡De acuerdo!

– Entonces, ¡hasta la vista!

– ¡Hasta la vista!

Nos separamos. Yo me pasé toda la noche corriendo de acá para allá; no podía decidirme a volver a casa. ¡Era tan dichoso! Sólo pensaba en la entrevista próxima.

SEGUNDA NOCHE

– ¡De modo que, por fortuna, hemos sobrevivido! – me dijo a guisa de saludo, y me estrechó, sonriendo, ambas manos.

– Llevo ya aquí dos horas. No sabe usted el día que he pasado.

– Me lo figuro, me lo figuro... Pero vamos al grano. ¿Por qué cree que he venido? Desde luego no para hablar de desatinos, como anoche. No; óigame usted: debemos ser más juiciosos. Lo he pensado maduramente.



—Pero ¿por qué más juiciosos? Por mi parte, estoy dispuesto a ello; sólo que pienso que en toda mi vida no se me ha ocurrido nada más juicioso que lo de anoche...

—¿De verdad? Pero oiga usted: en primer lugar, le ruego que no me apriete de ese modo la mano; y después, le participo que hoy he pensado mucho en usted.

—¿Sí? ¿Y cómo ha sido eso? ¿Y cuál ha sido el resultado?

—¿El resultado? Pues que he venido a sacar la conclusión de que nosotros debíamos empezar de nuevo; pues, en fin de cuentas me decía yo que le conozco a usted y que usted me trató anoche como a una niña; sí, señor, como a una verdadera chiquilla. De todo lo cual se deduce que de ello tuvo naturalmente la culpa mi buen corazón; es decir, que, al fin y al cabo, me he echado yo a mí misma un buen sermón, como siempre sucede a la postre, cuando examinamos nuestros actos. Y por eso, para reparar las faltas, me he propuesto enterarme antes, muy prolijamente, de todo lo concerniente a su persona. Pero como no conozco a nadie que pueda darme datos de su vida, ha de ser usted mismo quien me lo cuente todo, pero todo, y con todos sus detalles. Bueno, vamos a ver: ¿qué clase de hombre es usted? Pronto... empiece, hable, cuénteme su historia.

—¡Historia! —Exclamé asustado— ¿Mi historia? Pero ¿quién le ha dicho que tengo una historia? Yo no tengo historia...



– No tiene más remedio que tenerla... ¿Cómo habría podido usted vivir en el mundo sin tener historia? – repuso ella riendo.

– ¡Oh, pues créame: no tengo historia en absoluto! Porque he vivido para mí mismo, como suele decirse, solo, completamente solo, siempre solo, sí, completamente solo. ¿Sabe lo que quiere decir "solo"? Pues eso.

– Pero ¿cómo es posible? ¡Sólo! ¿De modo que se ha pasado usted la vida sin ver a nadie?

– Tanto como eso, no... Ver, sí he visto. Pero, a pesar de eso, siempre estuve solo.

– Bueno; renuncio a comprenderle. ¿No ha hablado nunca con nadie?

– Hablando estrictamente, con nadie.

– Pero ¿qué clase de hombre es usted? ¿Quiere explicármelo? Pero no, aguarde, que yo misma se lo voy a decir; usted, seguramente, al igual que yo, habrá tenido abuela. La mía es ciega, ¿sabe?, y por nada del mundo consiente en que yo me aparte un momento de su lado; de suerte que casi se me ha olvidado hablar. Hará dos años le jugué una mala pasada y le hice ver que no tenía medios de impedir que yo hiciera de las mías, y entonces fue y me cogió y me prendió con un broche de mi falda a la suya... y así nos pasamos las dos ahora todo el santo día: una pegadita a la otra. Ella hace calcetas, no obstante no tener vista; y yo tengo que estar sentadita a su lado,



cosiendo o leyendo un libro... ¡Oh! Muchas veces me pongo a pensar, y me parece extraño que lleve ya dos años pegada de ese modo...

–Dios mío, eso debe ser horrible. Pero yo no tengo abuela.

–Pues entonces no comprendo por qué ha de estar siempre metidito en casa.

–Oiga usted: ¿quiere saber quién soy yo?

– ¡Naturalmente!

–¿En serio?

– ¡Claro!

–Bueno. Pues soy un... tipo.

–Cómo! ¿Un tipo? ¿Qué clase de tipo? –Preguntó la joven, sorprendida, y se echó a reír tan de buena gana como si no hubiese reído en todo un año—. Pero ya lo voy viendo; es sumamente divertida una conversación con usted. Aguarde, allí hay un banco; sentémonos. Por aquí no pasa nadie; nadie puede oírnos. Así que dé principio a su historia. Porque eso de que no tenga historia, no le creo. Usted la tiene, claro; lo que pasa es que no la quiere contar. Pero, ante todo, dígame: ¿qué es un tipo?



—¿Un tipo? Un tipo... es un individuo original. Una especie de búho cómico —le expliqué, y no pude menos que reírme también—. Sólo hay... ¿cómo le diré?, caracteres. Pero ¿sabe usted lo que es un soñador?

—¿Un soñador? Claro que lo sé. Yo misma soy una soñadora. A veces, cuando estoy sentada, como le he dicho, junto a mi abuelita... ¡cuántas cosas se me ocurren! Una vez que empiezo a soñar, los sueños se van devanando por sí solos, y suele antojármese soñar sencillamente que estoy casada con un príncipe chino... A veces, hace mucho bien eso de... soñar. Aunque, después de todo, ¡quién sabe! Sobre todo, cuando tiene una otras cosas en qué pensar... —terminó la muchacha, perpleja, y esta vez con mucha seriedad.

—¡Magnífico! Si alguna vez se casó usted con un príncipe chino, entonces no podrá menos que entenderme. Conque escuche... Pero permítame: ni siquiera sé todavía cómo se llama.

—Vamos, ¡por fin! Se le ocurre verdaderamente pronto preguntarlo.

—¡Dios santo!... No pensaba en eso; ¡me sentía tan feliz!...

—Pues me llamo... Nástenka [diminutivo de Anastasia].

—Nástenka. ¿Nada más que Nástenka?

—Nada más. ¿Le parece poco, señor insaciable?



–¿Demasiado poco? ¡Oh, nada de eso! Al contrario, es mucho, muchísimo, amiguita, el que usted, desde la primera noche, se haya convertido para mí en Nástenka.

–Eso mismo pienso yo. Bueno, ¿y qué más?

–Escuche usted, Nástenka, y verá qué historia más cómica.

Me senté a su lado, puse una cara de pedantesca gravedad y empecé como si recitara una conferencia.

–Hay aquí, en San Petersburgo, por si usted lo ignora, Nástenka, rincones verdaderamente extraños. Se diría que nunca les da el sol que brilla para todos los petersburgueses, sino otro sol, nuevo, que sólo para ellos fue creado, y se diría también que reluce allí de un modo distinto, con otro fulgor que en el resto del mundo. En esos rincones de que le hablo, Nástenka, parece como si rebulliese otra vida, una vida que no se asemeja lo más mínimo a la que nos rodea, sino tal como sólo podría darse en un reino distante muchos miles de leguas, pero no aquí, entre nosotros y en estos tiempos nuestros tan graves, gravísimos. Pero precisamente esa vida es tan sólo una mezcla de algo puramente fantástico de un ideal fervoroso, y al mismo tiempo, no obstante (por desdicha, querida Nástenka), de lo turbio cotidiano y lo monótono habitual, por no decir de lo vulgar hasta la exasperación.

–¡Uf! ¡Dios santo, vaya una introducción! ¿Qué vendrá después?



—Pues vendrá, Nástenka... (Me parece que nunca me cansaría de llamarla a usted Nástenka), la afirmación de que en esos rincones viven hombres extraños... seres a los que el mundo llama soñadores. Un soñador, si he de explicarme más concretamente no es un hombre sino, sépalo usted, más bien una cierta criatura de sexo neutro. Por lo general, suele vivir el tal soñador lejos de todo el mundo, en un rincón retraído, cual si quisiera ocultarse incluso de la luz del día, y luego que se ha instalado en su tugurio, crece con él de igual modo que el caracol con su concha, o por lo menos se asemeja a ese animalillo notable, que es ambas cosas, el animal y su casa, y que llamamos tortuga. Pero ¿qué se imagina usted? ¿Por qué ama él tanto sus cuatro paredes, invariablemente pintadas de verde claro, descoloridas, sucias y, en cierto modo indecoroso, renegridas por el humo? ¿Por qué ese hombre grotesco, cuando va a visitarle alguno de sus contados amigos (por lo demás, suele ocurrir que aun éstos dejen pronto de visitarlo), por qué se muestra tan desconcertado y cohibido? Pues porque tiene una facha como de haber falsificado billetes o fabricado poemas para enviarlos a alguna revista, naturalmente, en compañía de una cartita, anunciando cómo ha muerto el autor de los versos, y cómo él, por ser amigo suyo, se considera en el deber de publicar las obras del difunto. ¿Por qué, quiere decírmelo, Nástenka, por qué durante esas visitas nunca se alarga la conversación, y por qué de labios del recién llovido amigo, que en otras ocasiones está siempre riéndose y bromeando a costa del bello sexo u otros temas amenos, no sale entonces ni una sola palabra festiva? ¿Por qué este nuevo amigo se siente en su primera visita (por lo general, nunca pasan de la primera) algo



cohibido, y por qué, no obstante su ingenio (es decir, suponiendo que posea ese don), sólo habla con monosílabos ante la desesperada cara del otro, que superhumanamente aunque en balde, por desgracia, se esfuerza por animar el diálogo y poner de realce cómo él también sabe encauzar una conversación y hablar del bello sexo, para mitigar, por lo menos mediante su solicitud y disposición para todo, la decepción del huésped, que por una vez tuvo la mala sombra de caer allí donde nadie lo llamaba? ¿Y por qué coge fácilmente el visitante su sombrero y se despide aprisa, con la excusa de habersele ocurrido de pronto algo importante que no admite la menor dilación? ¿Y por qué se libera tan rápidamente su mano de la presión calurosa de la mano del otro, que, con la pena más profunda en el alma, intenta aún reparar lo que ya no es reparable? ¿Por qué luego el amigo que se va, no bien cerró tras de sí la puerta, rompe a reír, y por qué se jura a sí mismo no volver nunca a visitar a aquel extravagante, aunque en el fondo no sea una mala persona? ¿Y por qué no puede negarle a su fantasía el ligero placer de comparar la expresión de la cara del tipo raro, durante su visita, por lo menos, remotamente con la de un minino que, caído en manos de chicos malcriados, que lo atrajeron con pérfidos halagos, sufre sus malos tratos, hasta que acaba refugiándose debajo de una silla en un rincón oscuro, para ya allí relamerse la piel, lavarse su maltratado hociquito con las dos patas delanteras y atusárselo, y luego ponerse a considerar con negros ojos la naturaleza de las cosas y la vida, y hasta la miguita de pan que una criada compasiva le arroja de las sobras de la abastecida mesa?



—Oiga usted —me interrumpió Nástenka, que en todo ese tiempo no había dejado de escucharme con los ojos de par en par y la boquita entreabierta—, oiga: no comprendo absolutamente nada de todo eso, ni tampoco me explico por qué me hace tan extrañas preguntas. Lo único que comprendo es que usted, sin duda alguna, ha debido de verse en esos trances.

—Indudablemente —respondí con la cara más seria.

—Bueno, pues si es verdad, continúe —dijo Nástenka—, pues ahora deseo saber en qué para la historia.

—Usted quiere saber, Nástenka, lo que nuestro héroe, o mejor dicho, yo, puesto que yo (es decir, mi modesta persona) soy el héroe de la historia, hago en mi rincón, ¿no es eso? Usted quiere saber por qué me saca de quicio la inesperada visita del amigo y me hace enrojecer como un empedernido pecador en cuanto se abre la puerta, y por qué no sé recibir al huésped y tan torpemente desempeño mi papel de dueño de la casa...

—Claro, naturalmente que quiero saber todo eso. Pero oiga: usted lo cuenta todo muy "bellamente"; pero ¿no podría contarle algo menos "bellamente"? Porque lo cierto es que habla como si tuviera delante un libro y en él fuera leyendo.

—Nástenka —repuse con voz importante y severa, en tanto reprimía con trabajo la risa—, querida Nástenka, sé muy bien que cuento las cosas bellamente; pero perdóneme usted, pues no sé contarlas de otro modo. Ahora querida Nástenka, me



parezco a aquel genio del rey Salomón, que estuvo mil años encerrado en una cajita, sellada con siete sellos, y rompió los siete. Querida Nástenka, ahora que nosotros, después de tan larga separación, hemos vuelto a encontrarnos (pues la conozco a usted ya desde hace mucho, pero muchísimo tiempo, querida Nástenka, porque hace ya mucho tiempo que ando en busca de alguien... en lo que precisamente tiene usted la prueba de que yo la buscaba a usted y de que el destino tenía escrito que habíamos de encontrarnos precisamente en este sitio), ahora se han abierto mil troneras en mi cabeza y tengo que verter mi corazón en un torrente de palabras, si no quiero que me ahoguen. Por lo cual, le ruego, Nástenka, que no me interrumpa y me escuche paciente y sumisa, pues de no ser así... no sigo.

—No, no, no. ¡Eso no! ¡Cuenta usted! ¡No volveré a abrir la boca!

—Continúo, pues. Hay, querida Nástenka, hay para mí en cada día una hora a la que amo extraordinariamente. Es esa hora en que tiendas, oficinas y ministerios se cierran y la gente toda se dirige a su casa para hacer la comida del mediodía, echarse un rato y descansar un poco, y en la que en el camino van los hombres haciendo proyectos para la tarde, y para la noche, y para todo el tiempo libre que todavía les queda. En esa hora acostumbra también nuestro héroe (me permitirá usted, Nástenka que hable de mí en tercera persona, pues en primera podría parecer inmodestia), en esa hora, digo, acostumbra nuestro héroe, que también tiene su trabajo regular, andar con los demás un trecho del camino. Un raro sentimiento de bienestar se trasluce en su rostro pálido, un poco mustio. Con



ojos simpáticos ve los celajes vespertinos que se deslizan lentos por el cálido cielo petersburgués. No, no, le miento al decir que los ve; no es que los vea, porque él no ve absolutamente nada, sino que mira y todo lo mira de un modo inconsciente, cual si estuviera cansado o como si estuviese al mismo tiempo el pensamiento ocupado con algún objeto distinto, lejano, especial, de suerte que no tarda en no tener para lo que le rodea sino una ligera mirada, y esto sólo cuando algún azar distrae su atención. Está casi contento, pues ya dio por terminada hasta el día siguiente su pesada tarea; se siente alegre como un colegial que se levanta de los bancos de la clase y de nuevo puede entregarse a sus juegos y distracciones favoritas. Si usted lo observara de reojo, Nástenka, observaría al punto que esa alegría ha empezado ya a actuar beneficiosamente sobre sus nervios excitados y sobre su fantasía, de una excitabilidad morbosa. ¿Cree usted que él piense en comer? ¿O en la tarde que tiene por delante? ¿Qué es lo que tanto parece preocuparle? ¿Será aquel caballero que con tanta cortesía, y, sin embargo, de un modo tan pintoresco saluda a aquella dama que pasa junto a él en aquel magnífico carruaje? No, Nástenka; ¿qué le importan a él todas esas minucias? Él es rico ahora de su vida propia, de su vida suya, particular; de pronto se ha vuelto rico, y el último destello del sol poniente no brilló en balde, tan lleno de calor vital, despertando en su caliente corazón multitud de impresiones. Ahora apenas si se fija él en el camino, cuyas menores particularidades observara con tanto interés hace un momento. La diosa fantasía le ha envuelto ya en su áurea red y le ha henchido ésta de las abigarradas visiones de una vida arbitraria y prodigiosa; y quizá (¿quién puede saberlo?), quizá



lo elevó ya desde la recia acera de granito, por la cual va a su casa, con mano caprichosa, hasta el séptimo cielo, el más alejado del mundo. Si usted pretendiese ahora entablar, de buenas a primeras, conversación con él y preguntarle dónde se encuentra en ese instante, por qué calle va atravesando... no le podría contestar ni a lo uno ni a lo otro, y probablemente, ruborizándose de enojo, contestaría cualquier cosa, lo primero que se le ocurriera. Por eso se detiene de pronto y se queda mirando en torno suyo asustado, sólo porque una anciana lo detuvo en medio de la acera y le preguntó por una calle, que ignora dónde está. Con cara ceñuda y contrariada, sigue adelante, sin advertir que más de un transeúnte se ríe al verlo y más de uno le sigue con la mirada, y que una señorita, que lo apartó angustiosamente, de pronto se echa a reír como una chiquilla, de puro grotescas que se le antojan a sus ojos, asombrados y de par en par abiertos, su facha y soñadora sonrisa y los medios gestos de sus manos. Pero ya esa misma fantasía se llevó en sus juguetonas alas a la vieja y a los transeúntes curiosos y a los rústicos mozos, que en sus barcas buscan el descanso vespertino allá en el Fontanka (supongamos que nuestro héroe se encuentra por el momento junto al muelle del canal): todo se lo ha llevado la fantasía caprichosa en su red, como la telaraña a las moscas, y con el botín recién obtenido entra el tipo raro en su casa, se sienta a la mesa y come, y hecha su colación no vuelve enteramente en sí hasta que Matriona, su patrona eterna, malhumorada y taciturna, le ofrece la cachimba; hasta entonces, como digo, no vuelve enteramente en sí, y entonces nota con asombro que ya comió, sin percatarse de ello. Oscurece en su cuarto; tiene el alma vacía y triste. A su



alrededor se ha desvanecido todo un imperio de ensueños: sigilosamente, sin ruido, sin dejar huellas, como sólo puede desvanecerse un sueño, y ni siquiera podría decir lo que ha visto. Pero un oscuro sentimiento que en su corazón empieza a agitarse le infunde poco a poco un nuevo anhelo, halagando, seductor, su fantasía, y evocando sin sentir otro tropel de visiones. En su cuartucho impera el silencio; la soledad y el ocio acarician su imaginación, la cual empieza a caldearse suavemente; se produce en ella un leve movimiento, cual hervor imperceptible, semejante al del agua en la maquinilla del café de la vieja Matriona, que anda trajinando allí cerca, en la cocina, plácidamente, y se está haciendo su café; ¡cuánto tarda!, y todavía no ha hecho más que empezar a hervir. De pronto, se le cae a nuestro soñador de las manos el libro que maquinalmente, y por pura rutina, cogió del tablero, antes de haber llegado a la tercera página. Ha vuelto a despertársele la fuerza de la imaginación; y como por ensalmo, he ahí que surge en torno suyo un mundo nuevo, una nueva vida encantadora. Un nuevo ensueño... una nueva dicha. Nuevo, refinado, dulce tósigo. ¡Oh, qué le interesa a él nuestra vida real! Según su estrechísima idea, nosotros, los demás, ¡oh, Nástenka!, llevamos una vida lenta, monótona y vacía. Estamos todos, según él, tan descontentos con nuestra suerte y nos atormenta nuestra existencia... Y es la verdad: no tiene usted más que ver cuán frío, árido y hostil parece todo entre nosotros, a la primera mirada, cual si todo fuera malo, enemigo... "¡Los pobres!", piensa mi soñador. Y no es maravilla que tal piense. Usted no ve esas visiones mágicas que ante él surgen tan encantadoras, tan magníficas, tan sin límites, de la pura nada; visiones en



cuyo primer término aparece (ni qué decir tiene) siempre él, nuestro soñador, con su yo querido. Usted no ve qué aventuras, qué serie inesperada de acontecimientos le ocurren. Usted pregunta: "Pero ¿en qué sueña? ¿Qué necesidad hay de preguntarlo? Sencillamente, en todo, en todo... en el destino de un poeta que al principio no es reconocido y luego despierta universal entusiasmo, en su amistad con E.T.A. Hoffmann, en la noche de San Bartolomé, en Diana Vernon, en un papel heroico en la toma de la ciudad de Kazán por el zar Iván Vasilievich, en una estrella de la escena, en una bailarina, en Juan Huss ante el Concilio en la resurrección de los muertos en *Roberto el Diablo* (¿conoce usted esa partitura?, huele a cementerio), en Minna y comparsa, en la batalla del Beresina, en la recitación de una poesía en casa de la condesa V.D., en Danton, *Cleopatra e i suoi amanti*, en una casita de Kolomna, en un rinconcito propio en San Petersburgo, donde tendría sentadita a su lado una mujercita amada, que, con la boquita abierta y tamaños ojos, lo escuche en las veladas de invierno... exactamente igual que usted me escucha, ahora, palomita mía... No, Nástenka, ¿qué le importa a él, a nuestro apasionado haragán, qué se le da de esta vida terrestre que a nosotros, Nástenka, tanto nos encanta? Para él es una pobre, una mísera vida, que merece compasión, y ni siquiera presume que también para él llegará la hora en que por sólo un día de esa vida daría con gusto todas sus fantasías, y ni siquiera por un día alegre, ni por una dicha, no, que ni siquiera podrá elegir en esa hora del pesar y el arrepentimiento y del ineludible dolor. Pero por el momento, aún no despuntó ese día terrible... y él nada desea, porque está por encima de todo deseo y porque ya lo tiene todo, porque está ya saturado y él mismo



es el artífice de su vida, y la puede modelar en todo instante a su capricho. Y surge tan fácil, tan naturalmente ese fantástico mundo de fábula, cual si todo eso no fuera un simple tejido cerebral. Por cierto, con frecuencia estamos tentados a creer que toda esa vida no es una creación del sentimiento, ni un juego caprichoso insustancial ni una imaginación engañosa, sino una realidad verdadera, algo que realmente existe, algo real y palpable. Porque quiere usted decirme, Nástenka, ¿por qué en esos momentos del vivir irreal solemos contener la respiración? ¿Por qué? ¿A qué se debe el que, como por efecto de un sortilegio inexplicable, lata más aprisa nuestro pulso, fluyan las lágrimas de nuestros ojos, se pongan como fuego las mejillas del soñador, y su ser todo parezca henchirse de un placer poderoso? ¿Por qué hay noches enteras que se le pasan sumido en inagotable alegría y venturosa dicha, sin pensar en dormir, cual sólo un breve instante? Y cuando la mañana torna a brillar con matices de rosa en los cristales de las ventanas y los primeros destellos del día penetran con su luz indecisa y vaga en el aposento, y nuestro soñador, rendido y macilento, se tiende en el lecho y se queda adormilado, ¿por qué tiene entonces la sensación como de morirse de puro feliz, con todo su espíritu morbosamente conmovido y, a todo esto, con un tan penosamente dulce dolor en el corazón? Sí, Nástenka, así nos engañamos, y como extraños creemos involuntariamente que una pasión verdadera, corporal, conmueve nuestra alma. Involuntariamente creemos que en nuestros incorpóreos ensueños hay algo de vivo y palpable. Pero ¡qué engaño! Supongamos, por ejemplo, que en el pecho del soñador se despertó el amor con su dolor incansable... Basta mirarlo para



quedar convencido de lo real de su sentimiento. Al verlo así, querida Nástenka, creerá usted que ni siquiera conoce a aquella que en sus sueños encantados ama con tal pasión. Pero ¿la ha visto en realidad, o sólo en sus obsesionantes visiones de la fantasía? ¿Y ha hecho otra cosa, en realidad, que... soñar esa pasión? ¿No ha ido ella en realidad, a lo largo de los años de su vida, cogida de la mano... formando una parejita, sin preocuparse lo más mínimo de unir su vida con la del rival? ¿No fue ella en realidad, ya tarde, al despedirse de él (y se dejó caer, llorando, en su pecho, sin reparar en la tormenta desencadenada bajo el cielo inclemente, sin sentir el vendaval), quien en sus mejillas secaba las lágrimas? ¿Fue entonces todo esto un simple sueño despierto... y también el jardín solitario y abandonado, con los senderillos cubiertos de hierba, en que ambos tantas veces pasearon cogidos de las manos, y forjaron ilusiones, y se desearon, y se amaron, "tan triste y dulcemente", según la frase de la antigua canción? ¿Y esa vieja y ruinosa mansión señorial, en la que tanto tiempo hubo de vivir ella sola y triste, con aquel marido viejo y adusto que, eternamente callado y ceñudo, angustiaba como un espectro a los amantes, quienes como niños tímidos rescataban su amor? ¿Cómo sufrían, cómo se temían, qué puro e inocente era su amor, y cómo (ni qué decir tiene, Nástenka) eran malos los hombres! Y, ¡santo Dios!, ¿no volvió a verla realmente, andando el tiempo, lejos de la patria, bajo un extraño cielo del sur, en un palacio (en un palacio había de ser), en una maravillosa eterna ciudad, en un salón de baile y a los sonos de embriagadora música? ¿No estuvieron ellos asomados al balcón que rodeaban mirtos y rosas, y no se quitó ella allí el antifaz y murmuró a su oído:



"¡Soy libre!", y no la estrechó él entonces en sus brazos, enajenado de felicidad, y no se ciñeron realmente sus cuerpos, y no olvidaron en un instante todos sus dolores y el tormento de la separación, y la casa sombría, y al viejo conde, el jardín abandonado en la patria lejana, y el banco en que cambiaron los últimos apasionados besos, para desprenderse finalmente de sus brazos?... ¡Oh, sí! Usted no tendrá más remedio que conceder, Nástenka, que no es sino muy natural el que uno se sobreponga y se ponga colorado, confuso, cual colegial cogido en travesura, cual si acabara uno de guardarse en el bolsillo una manzana del cercado ajeno, cuando de pronto se abre la puerta de la habitación y un muchachote algo sano, un chico siempre alegre y jovial, aparece en los umbrales y nos hace un risueño saludo, cual si nada hubiera ocurrido. "Amigo mío, vengo de Pavlovski." ¡Dios mío! ¡El viejo conde había muerto y ella era libre! Nos sentimos anegados en una dicha inconcebible. Esto nos decía y nos traía de Pavlovski.

Hice una pausa, pues mi apasionado soliloquio tocaba a su fin. Puedo decir aún que yo tenía unas ganas espantosas de prorrumpir en una carcajada fuerte, estrepitosa, como de dejar salir de dentro de mí algo envuelto en risa, pues sentía que, efectivamente, empezaba a rebullirse en mi interior y a acogerme por el cuello un diablillo maligno, el cual me hacía cosquillas en la barba y los párpados.

Naturalmente, no esperaba sino que Nástenka, la cual me miraba con tamaños ojos de mujer lista, se echase a reír de un modo infantil, incontenible, y lamentaba ya haber ido tan lejos en mis confidencias y haberle contado algo que hacía largo



tiempo llevaba en mi interior, y podía, por lo tanto, exponerle cual sí en un libro lo fuese leyendo. Durante años enteros me había preparado para enjuiciarme a mí mismo como a un reo y dictarme sentencia; y ahora, realmente, no me había podido contener y había pronunciado esa sentencia, aunque hablando con franqueza, sin hacerme la ilusión de poder ser comprendido. Pero con gran asombro de mi parte, ella permaneció callada un momento y luego me estrechó dulcemente la mano y me preguntó con un tono de extrañamente tierna simpatía:

—Pero ¿en verdad ha pasado usted así toda su vida?

—Toda mi vida, Nástenka —contesté—, desde que estoy en este mundo, y creo que así será hasta el fin.

—No, eso no; no es posible que así sea —protestó ella, con visible inquietud—; y no es tampoco así. Entonces, también sería posible que yo pasase toda mi vida al lado de mi abuelita. Óigame: ¿sabe usted que no es nada agradable hacer siempre esa vida?

—Ya lo sé, Nástenka; ¡cómo lo sé! —Respondí, sin poder ocultar mis sentimientos—. Y ahora sé, mejor que antes, que he perdido inútilmente los mejores años de mi vida. Sí, lo sé, y este reconocimiento me duele ahora más que nunca, pues Dios mismo me la ha enviado a usted, mi ángel bueno, para decírmelo y demostrármelo. Ahora que estoy sentado junto a usted, y con usted hablo, me infunde extraordinario desaliento pensar en el porvenir, pues en la vida que aún tengo por



delante... sólo veo soledad, otra vez esa misma vida ociosa, inútil y tediosa. ¿Y qué podré soñar entonces que sea más bello que la vida, después de haber gozado realmente aquí, a su lado, instantes tan felices? ¡Oh, bendita sea, encantadora amiga, por no haberme rechazado a las primeras palabras, gracias a lo cual puedo yo decir que, por lo menos, he tenido en mi vida dos noches felices!

—Ah, no, no! —Exclamó Nástenka, y lágrimas brillaron en sus ojos—. No, eso no debe ser. No nos hemos de separar así. ¿Qué son dos noches?

—¡Ah Nástenka, Nástenka! ¿Sabe que para mucho tiempo me ha reconciliado usted conmigo mismo? ¿Sabe que en adelante no tendré pensamientos tan negros, como en muchas horas anteriores? ¿Sabe que acaso no vuelva a preocuparme de haber incurrido en pecado y delito, ya que semejante vida es pecado y delito? Y no crea que exagero lo más mínimo, Nástenka; no lo crea, por Dios. Hay momentos en los que me entra tal congoja, tal espanto... En esos momentos habrá de parecerme (y empiezo a creer en ello) que nunca podré empezar una vida nueva, pues ya más de una vez tuve la impresión de haber perdido todo sentimiento y toda sensibilidad para cuanto es realidad y verdadera vida, porque yo, definitivamente, me he maldecido a mí mismo; porque a mis fantásticas noches siguen momentos de postración que son terribles. Y a todo esto, siente uno cómo las masas humanas se agitan a su alrededor en ruidoso tropel, oye y ve cómo las criaturas viven: lo que se llama vivir, vivir de veras y despierto, y ve uno que su vida no obedece a su voluntad, que su vida no



se moldea como un sueño, que eternamente se renueva y es eternamente joven, y en ella ninguna hora es igual a la siguiente, mientras la horrible fantasía, o sea nuestra fuerza de imaginación, resulta desconsolada y pusilánime y monótona hasta la vulgaridad, esclava de la sombra de la pura idea, esclava de las primeras nubecillas que de pronto cubren el sol y nos oprimen con acre dolor el corazón, que al sol tanto ama. Y ya en el dolor, ¡qué fantasía! Sentimos que al fin se cansará y agotará esa su eterna tensión, esa fantasía, al parecer inagotable, pues nos volvemos más maduros y viriles y superamos nuestros ideales antiguos, los cuales se desvanecen y se reducen a polvo y ripio. Y si luego no hay vida, debemos unir los trozos de ese cascote para con ellos volvernos a rehacer la vida. Y a todo esto, nuestra alma reclama y anhela algo totalmente distinto. Y en vano remueve el soñador como un rescoldo sus antiguos sueños y busca en las cenizas una centellita, una sola, por pequeña que sea, para soplar en ella, y con la nueva lumbre así creada, calentar el aterido corazón y volver a despertar en él lo que antes le era tan querido, lo que conmovía nuestra alma y nos arrebatava la sangre, aquello que hacía afluir las lágrimas a nuestros ojos y que era una ilusión tan magnífica. ¿Sabe, Nástenka, hasta dónde he llegado yo? ¿Sabe que estoy ya obligado a celebrar el jubileo de mis sensaciones, el aniversario de aquello que un día fue tan hermoso y, sin embargo, nunca existió realmente (pues esos aniversarios conmemoran todos ellos los mismos ensueños vanos y locos), y que tengo que hacerlo así, porque ni siquiera ya a esos locos ensueños siguen otros que los replacen y ahuyenten, que también hay que remplazar a los ensueños? Solos, de por sí nunca terminan y no



hacen más que sobrevivirse. ¿Sabe? Busco ahora con predilección en ciertas horas aquellos sitios en que un día fui feliz, feliz a mi manera, y allí pruebo con la imaginación a imprimir al presente la forma del pasado irrevocable, o también de representarme el pasado; y así me pongo muchas veces a dar vueltas sin objeto, como una sombra, por las callejuelas de San Petersburgo. En este instante recuerdo, por ejemplo, que hace un año justo anduve por la misma acera, y en esta misma hora, tan solo y triste como hoy. Y recuerdo que mis pensamientos de entonces eran igualmente tristes como los de ahora, y aunque tampoco el ayer fuera mejor, nos parece que sí lo fue, como si hubiéramos vivido más plácidamente, y no hubiésemos tenido encima del alma esa vaga melancolía que ahora nos persigue... que no hemos sentido esos remordimientos de conciencia, que nos atormentan de un modo tan doloroso e incansable, y no nos dejan gustar un instante de reposo ni de día ni de noche. Y mueve uno la cabeza y murmura: "¡Qué rápidos pasan los años!" Y torna uno a preguntarse: "¿Qué hiciste de tus años? ¿Dónde enterraste tu tiempo? ¿Es que siquiera viviste? ¿O no?" "Mira —se dice uno a sí mismo—, mira qué frío hace en el mundo. Pasarán aún algunos años, y entonces vendrá la espantosa soledad, vendrá con sus muletas la vejez temblona, trayendo consigo la tristeza y el dolor. Perderá sus colores tu fantástico mundo, se mutilarán y morirán tus sueños, y cual la amarilla hoja del árbol, asimismo se desprenderán de ti..." ¡Oh, Nástenka! ¡Qué tristeza entonces encontrarse solo, enteramente solo, y no tener siquiera de qué poderse lamentar... ni eso siquiera! Pues todo lo que habremos perdido, todo eso no era



nada, nada más que un cero, un simple cero: no era otra cosa que una ilusión.

—Pero, ¡por Dios!, acabe usted; no me angustie más — exclamó Nástenka, y se enjugó la lagrimilla que corría por su rostro—. Ahora, ya todo eso ha terminado. Ya no estaremos nunca solos, pues, pase lo que pase, siempre seremos amigos. Oiga, soy una muchacha ignorante; he estudiado muy poco, por más que la abuelita me puso profesor; pero, créame, le entiendo muy bien, pues todo eso que usted me ha contado lo he sentido yo misma cuando estaba sentada junto a la abuelita. Claro que no habría podido contarle tan bien como usted, porque no tengo estudios —añadió algo quedo, pues mi patética disquisición le había infundido visiblemente cierto respeto—; pero me alegro mucho de que haya tenido conmigo esas confidencias. Ahora le conozco a usted, le conozco a fondo. ¿Y sabe lo que le digo? Pues le voy a contar yo también mi historia, desde el principio hasta el fin, y luego me ha de dar un consejo. Usted es un hombre de talento, ya lo sé; pero ha de prometerme que, después de escucharme, me ha de dar verdaderamente su opinión.

—Ah Nástenka! —Le respondí— Yo nunca he actuado de consejero y no tengo tampoco ese talento que usted dice; pero ahora veo bien que si siempre hubiéramos de vivir así, incluso llegaría a tenerlo, y que uno al otro podríamos darnos infinitos consejos de prudencia. Ahora bien: encantadora Nástenka, ¿qué consejo es ese que usted necesita? Dígamelo sin ambages. Yo estoy ahora tan contento, tan alegre, me siento tan feliz, que acaso no me haría tirar de la lengua, como vulgarmente se dice.



— ¡No, no! —objetó Nástenka aprisa—. Yo no necesito un consejo prudente, sino un consejo que brote del corazón, un consejo sinceramente fraternal, y que sea, mire, como si toda la vida me hubiera usted querido.

— ¡Bueno, Nástenka, convenido! —exclamé—. Pero conste que si yo llevase veinte años de quererla, no la amaría más fervorosamente que en este momento.

— ¡Deme usted la mano! —dijo Nástenka.

— ¡Aquí la tiene!

— Bueno, pues atención, que voy a contarle mi historia.



HISTORIA DE NÁSTENKA

—La mitad de mi historia ya lo conoce usted, es decir, ya sabe que tengo una abuelita... Si la otra mitad no es más larga que la primera...—observé sonriendo.

—Escúcheme. Ante todo, una condición: no me ha de interrumpir usted, pues de no ser así, concluirá por aturullarme. De modo que atención. Yo tengo una abuelita. Vivo con ella desde pequeña, pues me quedé huérfana de padre y madre siendo todavía una niña. Supongo que mi abuelita fue rica en otros tiempos, pues siempre habla de sus días brillantes de antaño. Ella me enseñó el francés. Aunque luego me puso profesor. A los quince años (ahora tengo diecisiete) dejé los estudios. En aquel tiempo fue también cuando hice aquella diablura. No podría decirle a usted concretamente qué diablura fue aquélla; baste decirle que no fue ninguna cosa del otro mundo. Pero, aun así y todo, tuvo por consecuencia el que cierta mañana me llamase mi abuelita y me dijese que como a causa de su ceguera no podía vigilarme, había decidido, y así lo hizo, coger un broche y prender con él mis faldas a las suyas, anunciándome que así habíamos de pasar la vida en adelante, si no me enmendaba. Al principio no encontré posibilidad ninguna de libertarme; lo único que hice fue trabajar, leer y estudiar; todo esto pegadita a las faldas de la abuela. En cierta ocasión recurrí a una artimaña y le dije a Fiokla que se sentase en mi lugar. La tal Fiokla es nuestra criada y es sorda la pobre. Así que se sentó en mi sitio, cuando la abuelita estaba adormilada en su sillón, y yo eché a correr en busca de una



amiga que tenía en la vecindad. Pero salió mal la cosa. Hubo de despertarse la abuelita antes de que yo estuviera de vuelta, y preguntó no sé qué, creyendo que yo estaba a su lado, como siempre, pues, como digo, es ciega. Pero Fiokla, que la vio hablar, no pudo entender lo que decía, en razón de su sordera; así que la pobre, después de pensar mucho lo que debía hacer, fue y quitó el prendedor y vino corriendo a buscarme...

Nástenka se echó a reír. Yo, naturalmente la imité. Pero de inmediato volvió a ponerse seria.

—Mire, no se ría usted de mi abuelita. Yo, si me río, es por lo cómico del lance. ¿Qué vamos a hacerle si abuelita, la pobre, es cómo es? Pero conste que, a pesar de todo, la quiero. Bueno; pues a la vuelta me aguardaba a mí un buen rapapolvo; inmediatamente tuve que sentarme junto a la abuelita, y de nuevo me prendieron las ropas a las suyas, y después... ¡santo Dios! no podía moverme. ¡Ah! Se me olvidó decirle que nosotras, o mejor dicho, mi abuelita, es propietaria de una casita. Una casita de madera, con sólo tres ventanas en la fachada; una casita muy chiquita y tan vieja como su dueña. Pero tiene una habitación en la planta alta y hubo de salirle un inquilino para esa habitación.

—¿Luego tenían ustedes también antes un huésped? — pregunté como de pasada.

—Claro que sí —repuso Nástenka— y por cierto que sabía mejor que usted guardar silencio. Sobre todo, apenas si podía mover la lengua. Porque ha de saber usted que era un viejecito



pequeñito, algo sordo, acartonado, tonto, ciego y paralítico, de suerte que no pudo el pobre seguir mucho tiempo en este mundo y tomó el partido de morirse. Entonces quedó libre la habitación y tuvimos que buscar un nuevo inquilino, pues la renta del cuarto y la pensión de la abuelita son nuestros únicos ingresos. Pero el nuevo inquilino era un joven, y no de San Petersburgo. Como no intentó siquiera regatear el cuarto, fue abuelita y lo tomó:

—Oye, Nástenka, ¿es el nuevo inquilino joven o viejo?

Yo no quise mentirle y le dije:

—Del todo joven no es, abuelita; pero tampoco es viejo.

—¿Y qué aspecto tiene? ¿Distinguido? —siguió preguntándome.

—Yo no quise tampoco mentirle.

—Sí, abuelita —le contesté—, tiene un aspecto distinguido.

Pero la abuelita suspiró:

—¡Ah, hija mía! Ésta va a ser entonces una prueba que Dios nos manda. Te digo esto, hija mía, para que no le mires con demasiada frecuencia. ¡Corren ahora para mí unos tiempos! ¡Un inquilino pobre y además de aspecto distinguido! Antaño todo era distinto.



La abuelita está siempre sacando a colación el tiempo pasado. En aquel tiempo era ella más joven y el sol brillaba más y calentaba más en aquel tiempo, y la nata no se ponía agria tan pronto entonces... Todo era mejor en aquel tiempo. Yo, a todo esto, estaba sentadita y callada; pero en mis adentros me decía:

¿Qué intención habrá tenido conmigo la abuelita al preguntarme si el inquilino es joven y de aspecto distinguido?' Pero eso fue sólo un pensamiento fugaz, y enseguida me puse otra vez a contar los hilos y continué haciendo calceta, como si tal cosa. Pero una mañana... he aquí que entra de pronto el inquilino donde nosotras estábamos, con el objeto de preguntarnos por el tapiz que le habíamos prometido para su habitación. Las palabras se enredan. Abuelita habla por los codos, y luego va y me dice:

– Mira, Nástenka, ve a mi alcoba y trae el ábaco.

Yo me puse de pie de un brinco; la sangre se me subió a la cabeza, no sé por qué, y al mismo tiempo me olvidé completamente de que estaba prendida a sus ropas, y en vez de quitar a hurtadillas el alfiler, para que el inquilino no lo viera, di un tirón tan fuerte, que rodé hacia atrás. Al ver que el inquilino lo había comprendido todo, me puse todavía más colorada y me quedé de una pieza; y de repente voy y me echo a llorar... tanto me abochornaba y me escocía eso de haber rodado por el suelo. Pero la abuelita fue y me dijo:

– ¿Qué haces que no vas por lo que te he dicho? Anda, ve.



Pero yo redoblaba el llanto. Entonces comprendió el inquilino que mi vergüenza era por estar él delante, y se despidió a toda prisa y se fue. A partir de aquella tarde, no bien sentía yo el menor ruido allá fuera, me daba vuelco el corazón. '¿Será el inquilino, que viene a vernos?', pensaba, y en seguida iba y quitaba el alfiler, en secreto, para que la abuelita no lo sintiera. Sólo que nunca era él... Él no venía. Así transcurrieron dos semanas. Cuando un día nos mandó decir con Fiokla que él tenía muchos libros, y buenos, y que si no querría la abuelita que le leyera algo para distraerla. Abuelita aceptó agradecida el ofrecimiento, limitándose a preguntarle si, en efecto, eran libros decentes, 'pues si son inmorales –dijo– no los podrás leer en modo alguno, Nástenka, que sólo sacarías de ellos lo malo'.

–¿Qué es entonces lo que debo leer, abuelita? –le pregunté—. ¿Qué es lo que tienen escrito los libros malos?

–Pues cosas malas, hija. En ellos se describe el modo en que los jóvenes libertinos seducen a las muchachas decentes; cómo con la promesa de casarse con ellas las sacan de casa de sus padres y luego las abandonan, y cómo las desventuradas terminan luego muy mal. Yo –dijo la abuelita– he leído muchos libros de éstos, y todos ellos –añadió– lo describen todo tan a lo vivo, que se le pasa a una la noche leyendo sin sentir. Y por esto, Nástenka –terminó–, cuidado, hija mía, con leer libros de esa índole. ¿Qué libros son los que él nos ha enviado?

–Novelas de Walter Scott, abuelita –repuse.



— ¡Ah!, novelas de Walter Scott. Pero ándate con mucho cuidado, no se oculte entre ellas algo sospechoso. ¡Quién sabe si no habrá puesto él entre sus páginas alguna cartita de amor!

— No, abuelita; aquí no hay ninguna.

— Pues mira bien por todos lados, hasta por el forro; a veces esconden en ese sitio las cartas.

— No, abuelita — le aseguré —; tampoco hay nada en el forro.

— Bueno; pero ten en cuenta que toda circunspección es poca — insistió.

Y así empezamos a leer a Walter Scott, y en cosa de un mes ya habíamos dado cuenta de casi la mitad de los libros. Luego él nos envió otros, entre los que venían obras de Puchkin, de suerte que yo no podía estar ya sin libros, y por ello olvidé completamente que podía casarme con un príncipe chino.

Así estaban las cosas cuando la casualidad quiso que un día me encontrase a nuestro inquilino en la escalera. Abuelita me había mandado a buscarle no sé qué. El se quedó parado, yo me puse encarnada., y él se puso encarnado también; luego se echó a reír y me saludó, inquiriéndome por la salud de la abuelita. Luego me preguntó si ya había leído los libros. Le dije:

— Sí, ya los he leído.

— ¿Sí? ¿Y cuál es el que más le ha gustado?



Yo le respondí:

—Pues los que me han gustado más son *Ivanhoe* y Puchkin.

Y con esto dimos por terminada nuestra conversación por aquella vez. Al cabo de una semana volví a encontrármelo de nuevo en la escalera. Sólo que aquel día no me había mandado la abuela a buscar nada, sino que era yo más bien la que necesitaba algo. Serían las dos de la tarde y yo sabía que ésa era la hora en que nuestro inquilino venía a casa.

—¡Buenos días! — me saludó.

—¡Buenos días! — le contesté.

—¿No se aburre usted de estar todo el santo día sentadita junto a la abuelita? — me espetó en seguida.

Al oír aquella pregunta, no sé por qué... lo cierto es que volví a ponerme colorada y me dio vergüenza y me resentí de sus palabras... aunque puede que fuera porque ya por entonces no era él quien primero me hacía esa pregunta. Tentada estuve de retirarme sin responder, pero me faltaron las fuerzas.

—Es usted una chica muy buena — dijo él—. Perdóneme que le hable así, pero le aseguro que quisiera hacerle a usted más bien que el que parece hacerle su abuelita. ¿No tiene amiguitas que pudieran visitarla?



Le contesté que no tenía ninguna, pues Máschenka, mi única amiga, se había ido a Pskov.

—¿No querría usted venir conmigo alguna vez al teatro? — me preguntó.

—¿Al teatro? — Pregunté yo a mi vez —. ¿Y la abuelita?...

—¡Mire! —repuso—. No tiene usted necesidad de decírselo... Puede venir sin que ella lo sepa.

—No —le repliqué—. No quiero engañar a la abuelita. ¡Quede usted con Dios!

Él se limitó a saludarme, sin decir palabra. Aquella tarde, no bien hubo comido, bajó inopinadamente a visitarnos. Se sentó, estuvo hablando con la abuelita, le preguntó si no salía nunca de casa, si no tenía amistades... y, de pronto, va y dice:

—He tomado un palco para esta noche en la ópera; cantan *El barbero de Sevilla*, pero mis amigos, los que habían de acompañarme al teatro, se han encontrado inesperadamente con que no pueden, ¡así que voy a tener que ir solo!

—¡*El barbero de Sevilla!* —Exclamó abuelita—. ¿Es el mismo Barbero que cantaban en otros tiempos?

—Sí, señora —contestó él—. El mismo.



Y al decir esto me miró. Pero yo lo había comprendido todo y me puse muy encarnada y el corazón me palpitéo expectante.

—Pues entonces lo conozco —afirmó abuelita—. ¡Cómo no había de conocerlo! ¡Si he cantado la parte de Rosina en las tablas en mi juventud!

—¿Y no querría usted volver a oírlo esta noche en la ópera? —invitó él—. De ese modo tendría aplicación también mi entrada, que si no se va a desperdiciar.

—¡Bueno, pues por mí vamos! —Exclamó abuelita—. ¿Por qué no habíamos de ir? ¡Así como así, mi Nástenka no ha ido todavía a un teatro!

¡Qué alegría, santo Dios! ¡Nos vestimos y a la ópera! Abuelita está ciega, pero por lo menos quería oír la música; y luego, mire usted, es una viejecita muy buena; lo hacía, sobre todo, para que disfrutara yo, pues a no ser por aquella invitación no habríamos ido nunca a la ópera.

Qué impresión haría en mí *El barbero de Sevilla...* No es menester que se lo diga, pues ya puede usted figurársela. Toda la noche estuvo él mirándome y hablándome muy afectuoso, y yo adiviné al punto que aquello que me había dicho en la escalera fue tan sólo por probarme, por ver si yo era capaz de ir con él sola al teatro. Y entonces me alegré de haberle contestado de aquel modo. Al acostarme aquella noche estaba yo tan ufana y alegre, y el corazón me latía con tanta fuerza, que hasta tuve



un poquitín de fiebre, y toda la noche la pasé soñando con el dichoso *Barbero*.

Yo pensaba, naturalmente, que de allí en adelante había nuestro inquilino de menudear sus visitas... pero me equivocaba. Apenas si volvió a visitarnos. Sólo lo hacía una vez en el mes y sólo para invitarnos a ir con él al teatro. Dos veces más fuimos con él, pero... a mí aquello no me agradaba. Veía bien que sólo le inspiraba lástima, por aquello de estar prendida continuamente a las ropas de la abuelita; compasión y nada más. Y cuanto más prolongaba aquello, tanto más enojoso me resultaba; no podía estarme sentada para leer ni trabajar, por más que lo intentase. A veces me reía y tramaba algo que sabía había de disgustar a la abuelita. Pero luego ya me tenía usted a dos dedos de echarme a llorar, si no llorando de veras. Finalmente, vine a caer casi enferma. Tocaba a su término la temporada de ópera y nuestro inquilino dejó por completo de visitarnos. Pero cuando nos encontrábamos (siempre, naturalmente, en la escalera) me saludaba muy serio y silencioso, y pasaba junto a mí cual si no quisiera hablarme, y cuando ya estaba allá arriba hacía un rato largo, todavía continuaba yo en la escalera, colorada como una cereza, pues la sangre se me subía a la cara no bien ponía en él los ojos.

Mi historia está ya próxima a terminar. Precisamente hace un año, por mayo, volvió nuestro inquilino, después de larga ausencia, a visitarnos, y le dijo a abuelita que había despachado ya los asuntos que aquí tenía y que se veía obligado a trasladarse por un año a Moscú. Al oírle decir aquello, me puse pálida y me desplomé sobre una silla... Creí morir.



¿Qué debo hacer? Le daba vueltas a esa pregunta y me torturaba el cerebro, y me afligía, hasta que por último adopté una resolución. 'Mañana se va él', me dije, y decidí aquella misma noche, en cuanto la abuelita se durmiese, preparar yo también mi equipaje. Dicho y hecho. Formé un lío con mis trajes y ropa blanca que había menester, y con el lío en la mano, más muerta que viva, subí las escaleras hasta el piso de nuestro inquilino. Creo que tardé su buena horita en llegar arriba. Al abrir la puerta de su cuarto dio él un brinco y me miró, cual si fuese yo un fantasma. Pero eso fue cosa de un momento. Luego cogió un vaso de agua y vino a mí y me dio de beber, pues apenas si yo podía tenerme. Me palpataba tan fuerte el corazón que hasta me dolía la cabeza y se me trastornaba el sentido. Pero al volver luego en mí no hice otra cosa que poner mi lío encima de la cama, sentarme yo a su lado, taparme la cara con las manos y prorrumpir en un torrente de lágrimas. Creo que él lo comprendió todo en un momento, pues se sentó junto a mí y se puso muy pálido y me miraba con tanta tristeza que a mí se me partía el corazón.

—Oiga usted —empezó—. Oiga, Nástenka, yo no puedo ¡Soy pobre! No cuento en estos momentos con nada, ni siquiera con una colocación; ¿de qué íbamos a vivir si nos casáramos?

Hablamos largamente. Yo, al final, perdí completamente los estribos, y dije que no podía continuar viviendo con la abuelita, que quería irme de su lado y no estaba dispuesta a consentir que me prendieran más las ropas; que con sólo que él lo quisiera estaba dispuesta a acompañarle a Moscú, ¡pues ya no podía vivir sin él! Vergüenza, amor y orgullo... Todo eso sentía



yo a un mismo tiempo; y casi como atacada de convulsiones me dejé caer sobre la cama. ¡Le tenía tanto miedo a un desaire! Él se detuvo callado un ratito, luego se levantó, se acercó a mí y me cogió una mano.

—Óyeme, mi querida y buena Nástenka — me dijo, y la voz le temblaba como un trémolo de llanto —, óyeme. Yo te juro que si algún día me encuentro en situación de casarme, tú serás la elegida para hacerme dichoso. Te juro que no podría ser otra que tú. Pero oye otra cosa: ahora tengo que partir para Moscú, donde he de permanecer todo un año. Espero en este tiempo crearme una posición. Si al cabo de ese año vuelvo y tú me quieres todavía, seremos felices los dos, te lo juro. Pero ahora es imposible, estoy en la mayor pobreza y no tengo derecho alguno a prometerte nada. Si de aquí a un año no he llegado tampoco a estar en situación de hacerlo, quiere decir que aguardaremos un poquito más, y al fin conseguiremos lo que anhelamos... Claro que si para entonces no le has dado a otro la preferencia, pues yo no te obligo con ninguna palabra, que ni puedo ni debo hacerlo.

Así me habló él, y al otro día partió. Pero antes de irse volvimos a hablar y convinimos en no decirle nada a la abuelita. Él fue quien lo quiso.

Ahora ya... mi historia termina. Ha transcurrido de entonces acá un año justo. Él ha vuelto, lleva aquí tres días y..."

—¿Y qué? —le pregunté, inquieto.



¡Pues que hasta ahora no ha venido a visitarnos! —terminó Nástenka, haciéndose violencia para dominarse—. ¡Ni una palabra, ni una carta!...

Se detuvo, permaneció un rato silenciosa, bajó la cabeza, cubriéndose la cara con las manos, y prorrumpió en un llanto tan desconsolado, que a mí se me partía el corazón.

Nunca habría esperado tal desenlace.

—¡Nástenka! —Exclamé, poniendo en mi voz la mayor bondad y la más honda simpatía—. ¡Nástenka, por el amor de Dios, no llore así! ¿Quién le ha dado a usted esas noticias? Puede que ni siquiera esté aquí...

—No, no; está aquí —confirmó ella con premura—. Aquella noche, antes de su partida, convinimos una cosa... Luego de aquella explicación que tuvimos y que acabo de contarle a usted, vinimos aquí mismo y estuvimos paseando por estos lugares. Eran las diez y estuvimos sentados en este mismo banco. Yo no lloraba ya, pues me daba tanto gusto oír lo que me decía... Él me aseguraba que en cuanto estuviese de regreso vendría a visitarnos, y que si yo no me oponía, entonces se lo diríamos todo a la abuelita. ¡Pero ahora ha vuelto, lo sé muy bien y, sin embargo, no ha venido a vernos, no ha venido!

Y de nuevo prorrumpió en llanto.



—¡Dios mío! ¿Qué podría yo hacer por usted? —Exclamé, y en mi inquietud me levanté del banco—. Dígame, Nástenka, ¿no podría yo ir a verle y hablarle?

—¿Ir usted a verle? —preguntó ella alzando la vista de pronto.

—¡Tanto como eso no, naturalmente! Pero oiga... ¿por qué no le escribe una carta?

—¡No, eso no es posible, eso no está bien! —respondió ella rápidamente, bajó la cabecita y no me miró.

—¿Por qué no, después de todo? ¿Por qué ha de ser imposible? —Continué, pues empezaba a agradarme mi plan—. ¡Todo el *quid* está en la carta que usted vaya a escribirle! Hay cartas y cartas... ¡Ay, Nástenka, compadézcame usted, a pesar de todo! ¡Yo no quiero aconsejarla mal! ¡Créame que no tiene nada de particular que haga eso! Usted fue, en fin de cuentas, la que dio el primer paso... ¿Por qué no quiere ahora...?

—No, no; eso no está bien, de verdad no lo está. En otro tiempo casi me... metí por sus ojos...

—¡Ah, y qué niña es usted! —La interrumpí sin ocultar mi sonrisa—. No se equivoca ahora. Y después de todo, está en todo su derecho para hacerlo, pues él le dio su palabra. Por lo demás, también él, según lo que de su relato deduzco, es una buena persona —proseguí, envolviéndome cada vez más en la lógica de mis deducciones y conclusiones—. ¿Cómo se condujo



él con usted entonces? ¿No se comprometió con aquella promesa? Él le dijo que sólo se casaría con usted cuando estuviera en situación de hacerlo, mientras que a usted, en cambio, la dejó en libertad completa; así que si quiere puede desprenderse de él en cualquier momento... Por consiguiente, es usted la que debe dar ahora el primer paso, ya que le dejó en todo el derecho de prioridad... Exactamente lo mismo que si se tratase ahora de desligarse de la palabra dada o de alguna otra cosa...

— Dígame, puesto en mí, ¿cómo escribiría?

— ¿El qué?

— Sí, esa carta...

— ¿Yo?... Pues muy sencillo... Empezaría... "Estimado amigo..."

— ¿No hay más remedio que empezar así?

— No hay más remedio. Pero ¿qué tiene usted que objetar a ello? Yo imagino...

— ¡No, no! ¡Está muy bien! ¡Siga!

— Bueno. Pues... "Estimado amigo: Perdone usted que..." Pero no; esos perdones son superfluos. Aquí los hechos explican ya todo: Así que pondremos, sencillamente: "Le escribo a usted: Perdone mi impaciencia, pero he sido tan feliz por espacio de un año, en que vivía de la ilusión... que ¿de dónde sacar ahora



la paciencia necesaria para soportar un día siquiera de incertidumbre? Ahora que usted volvió y no se ha dignado venir a verme todavía, me veo precisada a suponer que usted, en el tiempo transcurrido, ha cambiado de modo de pensar. En ese caso esta carta sólo le dirá que no me quejo ni le hago ningún reproche. ¿Cómo habría de reprocharle nada, si no tiene usted la culpa de que yo no haya podido encadenar su corazón sino por breve tiempo?... Ese es mi destino... Usted es un hombre fino e inteligente, y estoy segura de que estas torpes líneas mías no le harán reír ni le producirán enojo. Sin embargo, no olvide que es una pobre chica la que le escribe, que se encuentra completamente sola y no tiene persona alguna a la cual contar sus cuitas y pedirle consejo, y que nunca aprendió tampoco a dominar su corazón. Pero no se enfade usted conmigo si hubiera incurrido en la torpeza de abrigar por un instante dudas en mi alma. De sobra sé que usted no es capaz de ofender, ni siquiera con el pensamiento, a la que tanto le ha querido y quiere todavía..."

— ¡Eso es, eso es! ¡Eso era lo que ya se me había a mí ocurrido!
— Exclamó Nástenka, y sus ojos resplandecieron de alegría—. ¡Oh, usted ha disipado todas mis dudas! ¡Dios mismo fue quien me lo envió a usted! ¡Muchas gracias, muchas gracias!...

— ¡Gracias!.. ¿Por qué?... ¿Porque Dios me ha enviado en su ayuda? — le pregunté, y contemplé extasiado su semblante, que refulgía gozoso.

— Pues sí señor, ¡por eso!



—¡Ah Nástenka! En verdad debemos estarle agradecidos a más de una criatura simplemente por el hecho de vivir con nosotros o de vivir tan sólo. Yo, por ejemplo, le estoy a usted infinitamente agradecido por habérmela encontrado y poder en adelante pensar en usted.

—¡Bueno, bueno, basta! Pero ahora... Usted no lo sabe todo aún. Escuche. En aquel tiempo convinimos en que él, inmediatamente que estuviese de vuelta, me lo haría saber por algún conocido nuestro; personas buenas, sencillas, que no saben nada de nuestras relaciones; pero que en el caso de no poderme escribir, puesto que muchas veces no se puede decir en una carta todo lo que se quiere, el mismo día de su llegada, a las diez en punto de la noche, acudiría a este mismo sitio, donde debíamos encontrarnos. Yo sé muy bien que él está en San Petersburgo, donde lleva ya tres días, y hasta ahora ni he recibido dos letras tuyas ni él ha venido a verme. De día me es imposible salir de casa, sin que mi abuelita lo note. Por eso... ¡Oh, sea usted bueno y encárguese de llevarles mi carta a esas personas de quienes acabo de hablarle!... Ellas la harán llegar a sus manos. Pero por si tengo contestación de él, me la trae usted aquí a las diez de la noche... ¿Sí?

—Pero ¿y la carta? ¿Y la carta? ¡Primero hay que escribir la carta! Si no, hay que dejarlo todo para pasado mañana.

—La carta... —Nástenka miró confusa al suelo—. La carta... Sí, pero...



Se detuvo y no siguió; apartó de mí su carita, que resplandecía como una rosa purpúrea, y de pronto sentí en mi mano una... una carta en su sobre cerrado y, naturalmente, una carta recién escrita. Y al mismo tiempo... ese detalle despertó en mí un recuerdo... Me vibró de pronto en el oído una encantadora y graciosa melodía y...

— ¡Ro... si... na! —canté.

— ¡Oh, Ro.... si... na! —cantamos los dos, y ella estuvo a punto de dejarse caer en mis brazos de puro gozosa, en tanto se ponía aún más encarnada y sonreía por entre las lágrimas, que, como gotas de rocío, brillaban en sus pestañas.

— ¡Bueno, basta, basta ya! ¡Ahora despedámonos! —Dijo rápidamente—; Ahí le dejo la carta y en el sobre hallará la dirección de donde debe entregarla. ¡Adiós, hasta la vista! ¡Hasta mañana!

Me estrechó fuerte ambas manos, me saludó aún con la cabeza y se desvaneció como una sombra en su angosta travesía. Yo permanecí largo rato sin moverme del mismo sitio, siguiéndola con la mirada.

— ¡Hasta la vista! ¡Hasta mañana! ¡Hasta mañana! —seguía yo repitiendo, maquinalmente, luego de que ella había desaparecido.



TERCERA NOCHE

Hoy fue un día triste, lluvioso, muy gris y turbio y lóbrego... Exactamente como la vejez que a mí me aguarda. Y ahora obsesionan mi pensamiento rarísimas sensaciones muy vagas, y problemas que aun para mí mismo resultan oscuros, se introducen entre mis ideas... sin que yo tenga fuerza ni voluntad de resolverlos. ¡Porque, después de todo, eso no es cuenta mía! Hoy no nos hemos visto. Al despedirnos ayer asomaban ya por el cielo unas nubes oscuras y se levantaba niebla. Yo insistí: "Mañana tendremos un día nublado". Ella no contestó nada a eso. ¿Qué me iba a contestar? Para ella ese día era claro y diáfano y ninguna nubecilla arrojaría sombras sobre su dicha.

—Si llueve no nos veremos —dijo por último—, porque no bajaré.

Yo pensaba que ella no se habría enterado hoy de la lluvia; pero no bajó.



Ayer nos vimos por tercera vez... Fue nuestra última noche clara...

En verdad, ¡hay que ver lo que la alegría y la felicidad pueden hacer de un hombre! ¡Cómo alienta en nuestro corazón el amor! Viene a ser como si todo nuestro corazón se extravasase a otro corazón, quisiera uno que todo el mundo estuviera contento, ¡que todo sonriese! ¡Y qué contagiosa es esa alegría! ¡Anoche había en sus palabras tanta ternura y en su corazón tanta bondad para mí!... ¡Qué atenta estuvo, qué franca, qué afectuosa y amable! ¡Cómo me animaba el espíritu y me serenaba el corazón! ¡Oh, qué zalamera estuvo de puro feliz! Y yo... yo tomaba todo aquello por oro de ley y pensaba que ella...

Dios mío, ¿cómo pude siquiera pensarlo? ¿Cómo pude estar tan ciego sabiendo, como sabía de sobra, que todo aquello pertenecía ya a otro, y cuando hubiera debido decirme a mí mismo que toda su ternura y cariño... sí, su cariño hacía mí... no era sino expresión de su alegría ante el inminente encuentro con él y su deseo de hacerme compartir esa alegría suya o sencillamente de desfogarla conmigo?... Pero él no acababa de presentarse, y nosotros le aguardábamos inútilmente, y ella, al ver que no venía, se puso triste y preocupada y adusta. Sus movimientos y palabras no tenían ya la ligereza como alada de antes, ni tampoco respiraban ya tan confiado abandono. Pero entonces, ¡cosa rara!, redobló ella su atención y afectuosidad para conmigo y me pareció como si todo aquello que ella deseaba para sí, y que la traía inquieta, puesto que acaso nunca lo lograra, quisiera involuntariamente regalármelo a mí. Y temblando por su dicha, llena de angustia y de nostalgia,



comprendía finalmente que yo también amaba, que la amaba a ella, y algo así como piedad de mi pobre amor sintió su alma. Porque cuando somos desdichados somos más aptos para compenetrarnos con la ajena desdicha, y no se reparte así el sentimiento, sino que se acumula...

Salí a su encuentro con el corazón rebotante, pues no había podido aguardar, sino a duras penas, la hora de la entrevista. Pero no podía imaginarme lo que en ese instante había de experimentar, ni preveía tampoco de qué modo tan diferente iba a terminar todo. Ella estaba radiante de júbilo, pues aguardaba la respuesta del otro. Y la respuesta se la había de traer él mismo... que sin duda alguna se daría prisa para acudir a su llamada... De eso estaba firmemente convencida. Llevaba una hora aguardando allí cuando yo llegué.

Al principio, todo cuanto yo le decía la movía a risa. Quise seguir hablando, pero de pronto... me callé.

—¿Sabe por qué estoy tan contenta —me preguntó— y me alegra tanto verle?... ¿Por qué hoy estoy tan cariñosa con usted?

—¿Por qué? —le pregunté yo, y el corazón me palpitaba.

—Pues le muestro tanto cariño porque no se ha enamorado de mí. Otro en su lugar hubiera empezado por importunarme y molestarte y hubiera suspirado y hecho el enfermo; ¡pero usted ha sido tan franco y sencillo!...



Y me estrechó la mano con tal fuerza, que estuve a punto de lanzar un grito. Y ella volvió a reírse.

—¡Dios santo! ¡Qué buen amigo es usted! —continuó, después de una pausa, muy seria—. ¡Creo de veras que fue Dios mismo quien me lo envió! ¿Qué habría sido de mí de no tenerlo a usted a mi lado? ¡Y qué bueno ha sido para conmigo! Si me caso, seremos buenos amigos... como hermanos. Yo lo querré a usted casi tanto como a él...

Aquello me dolió, y en el mismo instante sentí una pena intensísima, pero en seguida se esbozó algo así como una sonrisa en mi alma.

—Está usted intranquila —le dije—. Lleva la angustia en el corazón, pues en el fondo teme que él no llegue a venir.

—¡Qué salida! ¡Por Dios! Si no estuviera tan contenta, es muy probable que me hiciera usted llorar con su incredulidad y sus reproches. Por lo demás, no ha hecho usted sino insistir en un pensamiento que todavía puede proporcionarme muchas desazones. Pero eso lo dejo para más adelante; por el momento, le confieso que ha adivinado la verdad. ¡Yo estoy como... fuera de mí! Soy toda expectación y todo lo percibo y lo oigo y lo siento como a través de una nube... Pero basta ya: no hablemos más de sentimientos...

Y he aquí que de pronto se sintieron pisadas, y de la oscuridad vimos salir un transeúnte que venía hacia nosotros. Tanto ella como yo nos estremecemos, y ella poco menos que



lanzó un grito. Yo retiré mi brazo, en el que ella tenía posada su manecita, y di media vuelta, como para escurrirme sin ser visto. Pero nos llevamos un chasco: era un extranjero que siguió tranquilamente su camino.

—¿Qué teme usted? ¿Por qué retiró su brazo? —me preguntó ella, cogiéndose nuevamente de él—. ¿Qué tiene eso de particular? Nosotros saldremos a su encuentro cogiditos del brazo. Deseo que él vea que nos queremos.

—¡Oh, y cómo nos queremos! —exclamé yo.

¡Oh, Nástenka, Nástenka! —Pensé en silencio—. ¡Cuánto has dicho con esa palabra! Con un cariño así, Nástenka, se nos puede helar el corazón... y llenárenos de tristeza moral... Tienes la mano fría, Nástenka, mientras que la mía abrasa como lumbre. ¡Cómo eres ciega, Nástenka! ¡Oh, y qué insufrible puede resultarnos a veces una criatura dichosa! Pero yo no podría ser malo para ti..."

Finalmente rebose de tal modo mi corazón de toda suerte de sentimientos, que no tuve más remedio que romper a hablar, quieras que no.

—¡Oiga, Nástenka! —exclamé—. ¿No sabe usted lo que me ha pasado hoy todo el día?

—No... ¿Qué fue ello? ¿Cuéntemelo todo en seguida! ¿Por qué se lo ha tenido tan callado hasta ahora?



—Pues veré, Nástenka; esta tarde, después de haber hecho todos sus encargos y entregado su carta a aquella buena gente, me volví a casa y me eché a dormir...

—¿Y eso fue todo? —me interrumpió, riendo.

—Sí, casi todo —repuse dominándome rápidamente, pues sentía que las lágrimas se agolpaban con violencia en mis ojos—. Me desperté una hora antes de la convenida para nuestra entrevista, pero a mí me parecía como si no hubiese dormido nada. No sé qué me ocurría. Y al venir aquí me parecía como que sólo venía por contárselo a usted. Era como si para mí se hubiese detenido el tiempo, cual si de allí en adelante una sola sensación, un solo sentimiento, hubiese de dominarme eternamente, cual si un solo momento hubiese de llenar toda una eternidad y como si en mí se hubiera estancado la vida... Al despertarme, me parecía recordar un motivo musical, que yo hubiera oído alguna vez hacía tiempo y olvidado después. Y me parecía cual si ya mi vida hiciese mucho tiempo que hubiera abandonado a mi alma y ahora sólo...

—¡Ah, Dios santo! —Me interrumpió de nuevo Nástenka—. ¿Qué quiere decir con eso? No entiendo palabra.

—¡Ah, Nástenka! Trataba de explicarle de algún modo esta extraña sensación... —dije yo con voz triste, pero en la que se encerraba una esperanza, aun cuando muy remota.



—¡Bueno, pues muy bien, muy bien, pero no siga! — exclamó ella rápida... ¡En un momento lo había adivinado todo la muy pícara!

Se puso muy habladora y alegre, y hasta vulgar. Se cogió de mi brazo, reía, hablaba, se empeñaba en que yo también me riese y cualquier palabra mía emocionada le arrancaba una carcajada rotunda y sonora... Empecé a sentir algo de enojo, y ella, de pronto, se puso a coquetear conmigo.

—Oiga usted —declaró—, le confieso que me enoja un poquito eso de que no me haya hecho el amor. ¡Para que se fíe una de los hombres! Después de todo, no tendrá más remedio que reconocer, mi invencible señor, que soy una mujer inocente y franca. Yo lo digo todo, todo, cualquiera que sea la tontería que se me venga a los labios.

—¡Cómo! ¿Oye usted? Están dando las once —dije yo al sonar a lo lejos la primera lenta campanada del reloj de la torre.

Ella se detuvo, apagáronse sus risas y se puso a contar las campanadas.

—Sí, las once —convino finalmente con voz algo insegura y perpleja.

Lamenté en seguida haberla interrumpido y hacerla contar las campanadas del reloj. Y me recriminé a mi mismo la mala intención que me había impulsado. Lo sentí por ella y no sabía cómo reparar mi falta. Probé a consolarla y a buscar razones



que justificasen la ausencia del otro. Cité diversos ejemplos, formulé conclusiones; y verdaderamente nadie se dejó convencer nunca con más facilidad que ella en aquel instante, como cualquiera de nosotros habría acogido igualmente en semejantes circunstancias toda palabra de consuelo e incluso hubiera agradecido la sombra de una justificación.

—Sí, y sobre todo —continué, abogando cada vez más resueltamente por el otro y al mismo tiempo muy impresionado yo mismo por la claridad de mis argumentos—, él no podía venir hoy. Usted me ha contagiado de su inquietud y desasosiego, Nástenka, hasta el punto de haberme olvidado del tiempo... Pero recapacite en que él apenas lo habrá tenido de recibir su carta. Supongamos que por alguna razón se ve en la imposibilidad de venir personalmente y tiene que escribirle... Pues no podrá usted recibir la carta hasta mañana. Yo iré allá muy temprano para enterarme y en seguida comunicarle a usted lo que haya. Y podemos también suponer otras mil cosas, igualmente probables; supongamos, por ejemplo, que no estuviera en casa cuando la carta llegó, y que por tal razón no pudo leerla hasta hoy. Todo es posible.

—¡Sí, sí! —Asentía rápidamente Nástenka—. No había pensado en eso, claro que todo es posible! —Confirmaba con voz condescendiente y llena de conformidad, pero en la que, sin embargo, como una desagradable y leve disonancia, se dejaba traslucir otro pensamiento distinto—. Entonces vamos a hacer una cosa: usted irá mañana muy temprano a casa de esas buenas amigas, y si allí han recibido algo, me lo comunica sin



perder tiempo. Pero ¿sabe usted dónde vivo? —y me indicó su dirección.

Luego, de pronto, se puso tan cariñosa conmigo y hasta pareció, no obstante, acometerla cierta timidez... Al parecer me escuchaba con mucha atención... Pero al hacerle yo una pregunta se quedó callada y apartó de mí la vista, confusa. Yo me incliné un poco hacia adelante para verle la cara y era la verdad pura: estaba llorando.

—¡Cómo! Pero ¿es posible? ¡Ah, y qué niña es usted! ¡Una niña chiquita, sin pizca de juicio!... Pero ¡basta ya!... ¿A qué viene ese llanto?

Ella hizo por sonreír y dominarse, pero la cara le temblaba y se levantaba cada vez más el pecho.

—Sólo pensaba en usted —dijo tras un ligero silencio—. Es usted tan bueno, que de piedra tendría que tener yo el corazón si no lo sintiera así. ¿Sabe lo que en este momento acaba de ocurrírseme? Pues los he comparado a los dos. ¿Por qué él... no será usted? ¿Por qué no es como usted? Él vale menos y, sin embargo, yo le quiero más que a usted.

No contesté nada. Pero ella aguardaba, según parecía, que yo hiciese alguna observación.

—Claro que es posible que yo no lo comprenda a él del todo y tampoco le conozca siquiera muy bien. Pero para que usted lo sepa, creo que siempre le tuve algo de miedo. Estaba siempre



tan serio y tan... como orgulloso. Naturalmente, sé que eso era pura apariencia. En su corazón hay todavía más ternura que en el mío... Y sé también cómo me miraba él entonces... Al presentarme en su cuarto con mi lío de ropa... Y, sin embargo, viene a ser así, como si yo me lo representase muy arriba, sí, ¡y como si no fuésemos de igual condición, como si perteneciésemos a esferas sociales distintas!

—No, Nástenka —dije yo—, eso no quiere decir sino que usted le quiere más que a nadie en el mundo y hasta mucho más que a sí misma.

—Bueno, puede que así sea —admitió Nástenka ingenuamente—. Pero ¿sabe lo que se me acaba de ocurrir ahora mismo? Pues que en adelante no voy a hablar más de él, sino de cosas generales... Hace mucho que lo tenía pensado. Oiga usted y dígame: ¿por qué no somos todos como hermanos los unos para los otros? ¿Por qué al encontramos delante de otra persona, aunque sea la mejor del mundo, no hemos de decir todos, con absoluta franqueza, lo que llevamos en el corazón, cuando sabemos que nuestras palabras no se las va a llevar el viento? Ahora parecemos todos más fríos y adustos de lo que en realidad somos, y se diría que temen las criaturas comprometerse exponiendo con franqueza sus sentimientos...

—¡Ah Nástenka! Tiene usted mucha razón, pero eso se debe a diversas causas —repuse, al mismo tiempo que me encerraba más dentro de mi concha en aquel instante y recataba mis sentimientos más íntimos.



—¡No, no! —Me contradijo ella con convicción profunda— Usted, por ejemplo, no es como los demás. Yo... perdone, no sé cómo decírselo, pero me parece que usted... por ejemplo, ahora mismo... Sí, me parece que usted está haciendo ahora un sacrificio por mí —declaró casi balbuciendo, y su mirada me rozó levemente—. Perdóneme que hable así. Soy una muchacha sencilla, apenas si he visto algo de la vida y, verdaderamente, no sé muchas veces explicarme bien —añadió con una voz en que vibraba un sentimiento oculto, en tanto se esforzaba por sonreír—, pero quería decirle que le estoy muy agradecida y que lo sé y lo siento... ¡Oh, y Dios quiera hacerle muy dichoso! Pero lo que antes de ahora me contó de sus ensueños, me figuro que no será verdad; eso no guarda ninguna relación con usted. Usted se pondrá bueno y, sobre todo... usted es un hombre distinto de como se describió. Pero si alguna vez se enamorase... ¡Quiera Dios hacerle muy dichoso! Pero a aquella a quien ame... no tengo que desearle otra cosa, pues con usted no tiene más remedio que ser dichosa. Lo digo yo, que soy mujer, y puede usted creerme...

Calló y cambiamos un cordial apretón de manos. Yo también estaba emocionado para poder hablar. Callamos ambos.

—Sí, hoy no viene —dijo ella, por último, y alzó la cabeza—. Es ya muy tarde...

—Vendrá mañana —aseguré yo con un tono de voz firme y convencida.



—Sí— asintió ella, alegre —, ahora veo muy bien que hoy era demasiado pronto y hasta mañana no podrá venir. Bueno, entonces hasta la vista. ¡Hasta mañana! Si llueve, quizá no baje. Pero pasado mañana... pasado mañana, sin falta, vendré, y usted... venga también sin falta. Quiero verle y contárselo todo.

Al despedirnos me tendió su mano y díjome, posando en mis ojos una clara mirada:

—De ahora en adelante no nos separaremos nunca, ¿verdad?

¡Oh Nástenka! ¡Nástenka! ¡Si tú supieses qué solo estoy ahora!

Pero al dar al día siguiente las nueve de la noche ya no pude estarme un momento más en mi cuarto; me vestí y salí a la calle, a pesar de la lluvia. Fui allá y me senté en el banco. Al cabo de un rato me levanté y me encaminé a su calle; pero luego me dio vergüenza, y a dos pasos de su casa me volví sin siquiera alzar los ojos hacia sus ventanas. Llegué a casa en un estado de ánimo como nunca lo experimentara. ¡Qué lóbrego, qué húmedo, qué tedioso todo! "Si hiciera buen tiempo —decía entre mí—, me pasaría toda la noche vagabundeando por esas calles...

Pero ¡hasta mañana, hasta mañana! Mañana me lo contará todo.



No obstante, tuve que decirme a mí mismo que él no había contestado a su carta; por lo menos, hoy no. Pero, después de todo, nada más natural. ¿Qué iba él a escribirle? Él irá a verla en persona...

CUARTA NOCHE

Dios mío, ¡que esto hubiera de acabar así!...

Fui allá a las nueve de la noche. Desde lejos la vi; estaba de pie, como la primera vez que la viera en el muelle, y se apoyaba en la barandilla y no sentía que yo me aproximaba.

—¡Nástenka! —exclamé sin poder apenas dominar ni emoción.

Ella se estremeció y se volvió a mirarme.

—¡Cómo! —dijo—. ¿Qué es eso? ¡Más pronto!

La miré sin comprender.



—¡A ver! ¡Deme la carta! ¿Ha traído la carta? —y tendió la mano hacia la barandilla.

—No; no traigo ninguna carta —repuse lentamente—. Pero ¿no ha venido él?

Ella se puso intensamente pálida y se quedó fija mirándome. Había aniquilado su última esperanza.

—¡Que Dios le proteja! —Murmuró por fin con voz vacilante y labios trémulos—. ¡Que Dios le proteja, ya que me abandona!...

Bajó los ojos... Luego intentó alzarlos para mirarme, pero no pudo. Durante un rato permaneció así, hasta que consiguió dominar su turbación; luego se volvió de pronto, apoyó los codos en el pretil y rompió a llorar.

—¡Cálmese! ¡Serénesese! —le dije tratando de consolarla; pero en presencia de su dolor no tuve ánimos para proseguir... ¿Qué podía decirle?

—No intente consolarme —exclamó ella, llorando—, no me hable usted de él, no me diga que va a venir todavía y que no es verdad que me haya abandonado de una manera tan cruel e inhumana como lo ha hecho. ¿Y por qué? ¿Por qué? ¿Había algo de malo en mi carta, en esa desdichada carta?...

De nuevo los sollozos apagaron su voz. Creí que el corazón se me iba a saltar de lástima.



—¡Oh, qué inhumanamente cruel es esto! —insistió ella—. ¡Y ni una línea, ni una palabra! ¡Si por lo menos hubiera contestado, si siquiera hubiese escrito, aunque fuera para decirme que no me necesitaba, que no me quería! ¡Pero de este modo!... ¡Ni una línea, ni una palabra en tres días! ¡Qué fácil le resulta humillarme, herirme a mí, pobre muchacha desvalida, cuya única culpa consiste en amarle! ¡Oh, lo que en estos tres días habré sufrido! ¡Dios santo! ¡Dios santo! ¡Cuando pienso que fui a él la primera vez sin que me llamara ni me rogara, que me rebajé ante él y lloré y hasta le pedí un poco, poquito siquiera de cariño!... ¡Y ahora esto!... ¡No, sepa usted —se encaró de nuevo conmigo, y sus ojos negros centelleaban— que esto no es posible! ¡Esto no puede quedar así! ¡Esto es inhumano! ¡Uno de los dos... yo o usted, nos hemos equivocado! ¡Quizá no haya él recibido mi carta! Acaso a estas horas no haya tenido la menor noticia de ella. De otro modo, no se concibe, juzgue usted por sí mismo, hábleme, por Dios, explíqueme... Yo no puedo comprender... cómo un hombre es capaz de conducirse tan villanamente como él lo ha hecho conmigo. ¡No haber contestado ni siquiera una palabra a mi carta! ¡El hombre más vil habría sido más compasivo! ¡A no ser..., a no ser que le hayan contado algo malo de mí —de repente fijó en mí una mirada penetrante—. ¡Cómo! ¿Qué opina usted?

—Oiga, Nástenka, mañana iré yo mismo a verle en su nombre.

—¡Sí!



–Y le preguntaré sencillamente qué le pasa y se lo contaré todo.

–Bueno, ¿y qué más?

–Usted va a escribir una carta. ¡No diga que no, Nástenka, no diga que no! Yo le obligaré a estimar como es debido el proceder de usted, se lo explicaré todo, y si él...

–¡No, amiguito mío no! –me atajó ella–. Dejemos eso. Él no volverá a oírme una palabra. Yo no lo conozco ya, no le quiero, haré por... ol... vi... dar...

No continuó.

–¡Cálmese, cálmese! Siéntese aquí, en este banco, Nástenka –le dije, y la conduje un par de pasos más allá, hacia el banco.

–¡Ya estoy tranquila! Muy bien. Se acabó. ¡Contendré mis lágrimas! ¿Cree que por eso voy a morirme, ni siquiera a ponerme mala?...

El corazón me reventaba de puro henchido. Quise hablar, pero no pude.

–¡Oiga! –Continuó ella, y me cogió la mano–. ¿Verdad que usted no se habría portado de ese modo? ¿Verdad que no habría contestado con una carcajada despectiva a una pobre chica que se le hubiese dirigido por no saber dominar su débil y necio corazón? Usted, seguramente, la habría sabido estimar



mejor; se habría dicho que ella estaba sola en el mundo, que no sabía nada de la vida y no sabía estimarse a sí misma ni defenderse del cariño que a usted le tenía, que de nada de todo eso era culpable... que ella no había hecho nada malo... ¡Oh, Dios mío; oh, Dios mío!

—Nástenka —exclamé, incapaz de dominar mi emoción por más tiempo—. ¡Nástenka, me está usted martirizando! ¡Está desgarrando mi corazón, Nástenka, me está matando! ¡Yo no puedo estar callado más tiempo! ¡Necesito hablar por fin, decirle lo que del corazón me rebosa!

En tanto hablaba así, me levanté del banco. Ella me cogió de la mano y me miró asombrada.

—¿Qué le sucede? —me preguntó, por último.

—¡Déjeme que se lo diga todo, Nástenka! —le imploré yo, resuelto—. No se asuste, Nástenka, de lo que voy a decirle, pues es un puro desatino, un imposible y una necedad. ¡Ya sé que no ha de realizarse nunca, pero no puedo, sin embargo, callar por más tiempo... ¡Por todo lo que usted ahora sufre, le suplico, le imploro, me perdone por anticipado!...

—Pero ¿qué es ello? ¿De qué se trata? —había dejado de llorar y me miraba de hito en hito. Sus pasmados ojos delataban una curiosidad extraña—. ¿Qué es lo que le sucede?

—¡Es un imposible, Nástenka, ya lo sé, pero yo..., yo la amo, Nástenka! ¡Ésta es la verdad! ¡Ahora ya se lo he dicho todo!...



¡Ahora ya sabe usted si puede hablarme en adelante como hasta aquí lo hizo y también si debe oír lo que todavía tengo que decirle!...

– Bien... Pero ¿qué es ello? ¿Qué tiene de particular? Sé desde hace tiempo que usted me ama; siempre me pareció que me... vamos, ¡me tenía algún cariño!... ¡Ay Dios!...

– Al principio era sólo así, Nástenka, ¡pero ahora!... Estoy ahora en la misma disposición de ánimo que usted cuando se presentó en su cuarto con el hato de sus ropas. No; estoy todavía en peor situación que usted, Nástenka, pues él entonces no amaba a otra mujer... Mientras que usted ama a otro...

– ¿Qué quiere decir con eso? Yo... yo no le entiendo. Pero oiga, ¿por qué... o no, ¿para qué todo eso y así, tan de repente?... ¡Dios mío! ¡Cuánta sandez hablo! Pero usted...

Nástenka dio muestras de una confusión absoluta, se le pusieron encarnadas las mejillas y fijó la vista en el suelo.

– ¿Qué puedo hacer yo, Nástenka, qué debo hacer? Soy culpable, he cometido un abuso... ¡Oh, no! No, Nástenka, soy inocente. Siento, percibo claramente que el corazón me dice que estoy en mi derecho, que con eso no puedo ofenderla a usted ni herirla. Yo era su amigo; bueno, pues ahora sigo siendo su amigo... No he cometido ninguna traición ni me he portado deslealmente. Vea: lágrimas me corren por las mejillas, Nástenka. Que corran, que corran... a nadie hacen mal. Ellas mismas se secarán, Nástenka.



—Pero ¡síntese, síntese, usted! —y quiso obligarme literalmente a tomar asiento—. ¡Ay, Dios mío!

—¡No, Nástenka, no me siento! ¡Ahora ya no puedo continuar por más tiempo aquí ni usted volverá a verme tampoco; se lo diré todo... y luego me iré! No hubiera usted sabido nunca hasta qué punto la amo. Yo hubiera debido guardar mi secreto y no atormentaría en este instante hablándole de mí, con mi egoísmo. ¡No! Pero yo... ¡yo no he podido contenerme! Usted empezó a hablar de todo, pero yo soy inocente. Usted no puede apartarme así como así de su lado...

—Pero ¡si no le aparto! —afirmó Nástenka haciendo todo lo posible por disimular su turbación.

—¿Qué no, de veras qué no? ¡Y yo que me disponía a echar a correr! De todos modos he de irme, pero antes he de decírselo todo, pues en tanto usted hablaba hace un momento y lloraba, y estaba delante de mí con su dolor, y todo ello porque... Bueno, porque... Lo diré, Nástenka, ¡por el desdén de que la hacían objeto, si viera cuánto amor sentí en mi corazón hacia usted, cuánto amor!... ¡Y me daba una pena tan grande no poderle valer a usted de nada con todo ese amor, que el corazón parecía pronto a saltárseme, y... y... no pude callarme más, era necesario que hablase, Nástenka, no tenía más remedio que hablar!

—¡Bueno, bueno! ¡Está bien! ¡Hable usted, hábleme serenamente! —Me dijo Nástenka, de súbito, con una emoción



inexplicable —. ¡Quizá le extrañe que se lo diga, pero... sí, hable usted! ¡Más tarde le explicaré! ¡Se lo contaré todo!

—Le inspiro compasión, Nástenka; es piedad tan sólo lo que siente por mí. Bueno, a lo hecho, pecho. Después que hemos hablado, ya no podemos retirar las palabras. ¿No es verdad? Bueno, pues ya lo sabe todo. Este es nuestro punto de partida. Hasta qué extremo hemos llegado, lo sabrá si sigue oyéndome. Cuando usted se sentó aquí y se echó a llorar, yo me dije... ¡Ah, por favor, Nástenka, déjeme decirle lo que yo pensaba!... Dije entre mí que usted...que usted, fuese por lo que fuere... Bueno, en una palabra, que usted, fuese por lo que fuere, había dejado de amarle. Luego... esto también lo pensé ayer, Nástenka, y anteayer... no tenía usted más remedio que amarme a mí. Usted decía, sí, usted misma había dicho que ya me tenía un poco de cariño. Bueno, y... ¿qué más? Sí, esto es casi todo lo que yo quería decirle. Sólo me falta expresarle lo que sería eso de que usted me amase, ¡sólo eso! Así que présteme atención, amiga mía... pues amiga mía no habrá usted dejado de serlo... Yo no soy, naturalmente, sino un hombre ingenuo, pobre e insignificante, pero eso no hace ahora el caso... No sé qué me pasa que siempre que salgo hablando de otra cosa, pero eso sólo es por lo emocionado que estoy, Nástenka... Estoy dispuesto a amarla tanto, Nástenka, tanto, que usted, aun suponiendo que siguiera amando a ese hombre, al que ni siquiera conozco, no llegaría a notar que mi amor le produjese ninguna molestia. Solo sentiría usted, y esto sí lo sentiría a cada minuto, que a su lado palpitaba un corazón agradecido, ¡oh, sí!,



muy agradecido, un corazón fervoroso, que por usted... ¡Oh, Nástenka, Nástenka! ¡A qué extremo me ha reducido usted!

—Pero ¡no llore, yo no quiero que llore! —Exclamó Nástenka, y se levantó rápidamente del banco—. ¡Vámonos, venga, no llore, no llore más! —y con su pañuelito me enjugó las mejillas—. Ande, vámonos ya. Voy a decirle una cosa... Si él me ha dejado y olvidado ya, entonces... aunque yo siga amándolo... no se lo puedo ocultar a usted y no quiero engañarle... Oiga y contésteme. Si yo, por ejemplo, llegara a amarle a usted, es decir, si yo... ¡Oh, amigo mío, mi buen amigo! ¡Cuando pienso cuánto le he herido a usted y cuánto dolor he debido causarle, cuando lo elogiaba precisamente por no haberme hecho el amor! ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo podía yo no suponer esto, cómo pude ser tan necia, cómo...? Pero.... Bueno... basta, estoy finalmente decidida y se lo voy a decir todo.

—Oiga, Nástenka, ¿sabe una cosa? Voy a separarme de usted: será lo mejor. Veo muy bien que no hago más que atormentarla. Ahora empieza a sentir remordimientos de conciencia por haberse divertido a mi costa; pero no quiero que usted, además de su dolor... Yo tengo la culpa de todo, Nástenka, así que... ¡adiós!

—No, no se vaya, escúcheme antes; ¿no puede aguardar un momento?

—¿Aguardar? ¿Aguardar a qué?



–Mire, yo le amo a él; pero este amor debe extinguirse, se extinguirá... No tiene más remedio que extinguirse; ya se está extinguendo, lo siento... Quién sabe, quizá se haya extinguido del todo hoy, pues le odio por haberse burlado de mí, en tanto que usted lloraba aquí conmigo... y usted... tampoco me hubiera dejado plantada como él lo ha hecho, pues usted ama de veras, mientras que él no me ha amado nunca... y, además, porque yo... finalmente, le amo a usted... ¡Sí, le amo! Le amo tanto como usted me ama a mí. Ya se lo he dicho, y usted acaba de oírlo... Le amo porque es usted mejor que él, porque es más caballero que él, porque... porque él...

La emoción le privó de voz, apoyó su cabeza en mi hombro, pero inclinándose hasta tocar mi pecho, y luego prorrumpió en un llanto amarguísimo. Yo la consolaba, la acariciaba, hacía por tranquilizarla, pero ella no podía contenerse; me apretaba la mano y balbucía entre sollozos:

–Aguarde usted, aguarde un poco. Está a punto de extinguirse... Ya no dejo de... Solo le diré una cosa... No piense que estas lágrimas... me las arranca sólo... la debilidad; tenga un poco de paciencia hasta que se extinga...

Finalmente cesaron sus lágrimas. Se irguió, enjugóse en las mejillas las últimas huellas del llanto, y ambos nos pusimos en movimiento. Yo quería hablar, pero ella me rogaba siempre que le dejase un poco de tiempo para pensar. Así que íbamos los dos callados... Hasta que, por último, se rehízo ella y empezó:



— Bueno; escuche — dijo con voz débil e insegura, pero en la que de improviso vibró un sentimiento íntimo e hirió de tal modo mi corazón, que se echó a temblar con una suerte de sabroso dolor—. No piense usted que soy una inconsciente ni una loca, ni que tan pronto y tan fácilmente pueda olvidar y ser infiel... Yo le he amado todo un año y le juro a usted, por Dios, que nunca, nunca, ni siquiera con el pensamiento, le fui infiel. Pero él ha demostrado no saber apreciarme; no ha hecho más que burlarse de mí... ¡Dios se lo pague! Pero él me ha herido y puesto enfermo el corazón... Yo... yo no le amo ya, pues sólo puedo amar lo bueno y lo grande, lo que se amolda a mí y está bien; pues así soy yo, pero él es indigno de mí... ¡Bueno, que Dios le ampare! Después de todo, es mejor que no me hubiese enterado hasta más tarde de cómo es verdaderamente... Así que... ¡eso terminó! ¿Y quién sabe, mi buen amigo —continuó, apretándome la mano—, quién sabe si todo ese amor mío no fue sino una ilusión del sentimiento o una pura imaginación, y si tuvo su origen en la mala crianza, en aquella vida tan monótona que yo hacía, prendida eternamente a las faldas de la abuela? Quizá estuviera yo predestinada a amar a otro, a uno que ha tenido más compasión de mí y... y... Bueno, dejemos esto, no hablemos más de ello —se interrumpió Nástenka, privada de voz y de aliento por la fuerza de la emoción—. Sólo quería decirle... quería decirle que si usted, no obstante amarle yo a él... es decir, no haberle amado... si usted, a pesar de eso... es decir, si siente y cree... que sea su amor tan grande que pudiera ahuyentar de mi corazón... si me tiene tanta lástima y ahora no quiere dejarme abandonada a mi destino, sin consuelo ni esperanza; si me ha de amar siempre así, como ahora me



ama... que entonces yo le juro... que mi gratitud..., que mi amor será digno del suyo. ¿Quiere aceptar mi mano?

—¡Nástenka! —yo creo que las lágrimas y los sollozos apagaban mi voz—. ¡Nástenka!... ¡Oh Nástenka!...

—¡Bueno, bueno! ¡Basta por ahora! —Exclamó ella rápidamente, con visible prisa y dominándose a duras penas—. Ya lo hemos dicho todo, ¿no es verdad? Y es usted feliz y lo soy yo también, así que no hay más que hablar. Aguarde... Pronto, tenga usted piedad de mí... ¡Hábleme de otra cosa, por lo que más quiera!

—¡Sí, Nástenka, sí! Basta ya, ahora ya soy feliz... ¡Tiene razón, Nástenka, hablemos de otra cosa, pronto, pronto! ¡Estoy dispuesto!

Y no sabiendo ya de qué íbamos a hablar, reíamos, y llorábamos, y proferíamos palabras sin sentido ni ilación. Pronto llegamos a la acera y nos pusimos a dar por ella paseos, arriba y abajo; tan pronto atravesábamos la calle y nos quedábamos parados, como retrocedíamos y nos dirigíamos al muelle; parecíamos niños...

—Yo vivo solo, Nástenka —le dije una vez—, pero... Bueno, yo, naturalmente, ya lo sabe usted, Nástenka, soy pobre, sólo tengo de paga mil doscientos rublos al año, pero no importa...



– Claro que no, y la abuelita tiene su pensión; así que no necesitamos de usted nada. Pero tendremos que llevarnos con nosotros a la abuelita.

– Claro que sí... Pero mi Matriona,..

– ¡Ah, sí!... ¡Y también nosotras tenemos a Fiokla!

– Matriona es una mujer muy buena, que sólo tiene un defecto: el no tener pizca de imaginación, Nástenka, pero lo que se dice ni pizca; sólo comprende lo que aprende por experiencia. Pero esto no es tampoco ningún obstáculo...

– ¡Claro que no! Las dos pueden muy bien vivir juntas. Pero debería usted venir mañana a visitarnos.

– ¡Cómo! ¡A su casa!... Bueno, por mi parte...

– Usted, sencillamente, nos alquila el piso de arriba. Ya le he dicho que tenemos un pisito arriba; ahora está, precisamente, desalquilado. La última inquilina fue una señora de edad, una aristócrata, que dejó el cuarto y ahora viaja por el extranjero, y la abuelita me consta que quiere ahora tener un inquilino joven. Le pregunté el otro día:

– Pero ¿por qué ese empeño de que sea un joven?

Y ella me contestó:



– Porque siempre es mejor, estamos más seguras y yo ya soy vieja. No vayas a figurarte, Nástenka, que tengo la intención de casarte con él.

Pero yo sabía de sobra que eso es, precisamente, lo que ella busca...

– ¡Ah, Nástenka!..

Y los dos nos echamos a reír.

– Bueno, basta ya de palique. Pero dígame, ¿dónde vive usted ahora? Había olvidado preguntárselo.

– Pues ahí, cerca del... puente, en casa de un tal Baranikov.

– Esa es una casa grande, ¿verdad?

– Sí es una casa grande...

– ¡Ah, yo la conozco! Es una casa muy bonita. Sólo que, ya lo sabe usted, tiene que mudarse y venir a vivir con nosotras...

– ¡Mañana, Nástenka, mañana mismo! Debo allí todavía una pequeña parte del alquiler, pero es lo mismo... Tengo que cobrar en seguida mi sueldo...

– Mire usted, yo daré también lecciones para aumentar los ingresos; aprenderé primero y después podré enseñar...



—Naturalmente, es una buena idea. Y a mí no tardarán en aumentarme el sueldo. ¡Nástenka!...

—Entonces, desde mañana podemos considerarle nuestro vecinito.

—Sí, y luego iremos a la ópera y oiremos *El barbero de Sevilla*, pues no tardarán en ponerlo.

—¡Eso es, iremos a oírlo! —asintió Nástenka riendo—, aunque no, mejor será aguardar a que canten otra cosa...

—Bueno, pues así lo haremos. Claro que será mucho mejor; se me había olvidado ese detalle.

Y charlábamos y andábamos; aquello era como una embriaguez... Parecía como si nos envolviese una niebla y no supiésemos lo que nos pasaba. Tan pronto nos deteníamos y hablábamos largo rato sin movernos de una losa, como reanudábamos el paso y nos íbamos Dios sabe hasta dónde de lejos, sin advertirlo, siempre riendo y llorando al mismo tiempo. Tan pronto salía diciendo Nástenka que quería volverse a casa en seguida, y yo no me atrevía a retenerla, y nos poníamos ya en camino, para advertir, al cabo de un cuarto de hora, de pronto, que estábamos otra vez en nuestro banco del muelle, como suspiraba ella profundamente y una lágrima rodaba por su mejilla... y yo la miraba asustado y perplejo... Hasta que ella volvía a cogerme de la mano y vuelta a hablar y andar...



– Pero ¡ahora sí que es ya tiempo, de verdad tiempo de que yo vuelva a casa! ¡Debe ser la mar de tarde! – Dijo por último Nástenka con resolución– . ¡No debemos ser tan chiquillos!

– Bueno, Nástenka, pero conste que esta noche tampoco voy a poder dormir. Desde luego, a casa no voy ahora.

– Tampoco yo espero dormir esta noche. ¡Pero usted debería acompañarme un poco más!...

– ¡Naturalmente que sí!

– Sólo que esta vez no damos más vuelta, ¿eh?

– ¡No, esta vez no!...

– ¿Palabra de honor?... ¡Pues alguna vez hay que volver a casa!

– Bueno, ¡palabra de honor!

– ¡Esta vez de veras! – dijo ella riendo.

– ¡Pues vamos allá!

– ¡Vamos!

– ¡Mire usted el cielo, Nástenka, mire a lo alto! Mañana vamos a tener un día magnifico... ¡Qué azul está el cielo y mire



qué luna! Esa nubecilla amarilla la va a ocultar dentro de un instante... ¡Mire, mire usted!... No, le ha pasado rozando el borde... ¡Pero vea, vea!...

Pero Nástenka no veía las nubes ni el cielo. Se había quedado en pie; rígida, junto a mí, después de lo cual ciñóse estrechamente a mi cuerpo, poseída de confusión extraña, cada vez más fuerte, cual si buscara amparo, y su mano temblaba en la mía. Yo la miré y ella se apoyó más pesadamente en mí.

En aquel instante pasó junto a nosotros un hombre joven... el cual nos miró fijamente, vaciló, se detuvo y luego se alejó unos dos pasos. El corazón me dio un vuelco...

—Nástenka, ¿quién será ese hombre? —le pregunté en voz baja.

—¡Es él! —murmuró ella, y se cogió temblando a mi brazo.

—¡Nástenka! ¡Nástenka! ¿Eres tú? —clamó de pronto una voz detrás de nosotros, y en seguida el joven de antes se nos acercó un paso.

¡Santo Dios! ¿Qué vibró en aquella llamada? ¡Cómo se estremeció ella! ¡Cómo se desprendió de mi brazo y corrió a su encuentro!... Yo estaba parado y miraba hacia el joven, el cual estaba parado y miraba... Pero apenas le hubo ella tendido la mano, no bien se hubo arrojado en sus brazos, zafóse de él, y antes de que yo me hubiese dado cuenta, ya estaba de nuevo junto a mí, ceñía con ambos brazos fuertemente mi cuello y me



plantaba un ardiente beso en los labios. Luego, sin decirme palabra, corrió de nuevo hacia él, le cogió las manos y se lo llevó.

Largo rato permanecí allí quieto, mirándolos... No tardaron en desaparecer de mi vista.



LA MAÑANA

Mis noches terminan con una mañana. Amaneció un día hostil; llovía, y los goterones de la lluvia daban con una quejumbre monótona en los cristales de mi ventana; en la habitación había oscuridad, como sucede en los días de lluvia, y fuera, lóbreguez. A mí me dolía la cabeza, tenía mareos, y por los miembros me corría la fiebre de un enfriamiento.

—Esta carta, señorito, ha venido por el correo; el cartero la ha traído —dijo Matriona.

—¿Una carta? ¿De quién?

—No lo puedo decir, señorito, mírela usted; quizá dentro diga de quién es.

Rompí el sobre. La carta era de ella:



¡Oh, perdone usted, perdóneme! – Me escribía Nástenka –. De rodillas le ruego que no se enoje conmigo. Le he engañado a usted como me he engañado a mí misma. Fue un sueño, una ilusión... Al pensar en usted, sufro lo indecible. Perdóneme, ¡oh, sí, perdóneme!...

No me acuse, pues lo que sentía por usted sigo sintiéndolo aún; le dije que le amaría, y sigo amándole, se lo juro; y siento por usted algo más que amor. ¡Dios mío, si yo pudiese amarlos a los dos al mismo tiempo! ¡Oh, si usted y él no fuesen más que un solo hombre!

Dios me ve y sabe que estaría dispuesta a todo por usted. Sé que va a sufrir ahora y que está triste. Le he ofendido y causado dolor, pero ya lo sabe... Cuando se ama no dura mucho el enfado. ¡Y usted me ama a mí!

¡Yo le doy muchas gracias! ¡Sí! Le agradezco mucho ese amor. Pues en el recuerdo me acompañará toda la vida como un dulce sueño que no puede olvidarse al despertar. No, nunca podré olvidar cómo me mostró usted tan fraternalmente su alma y en su bondad aceptó como suyo mi corazón herido y lacerado para cuidarlo tierna y amorosamente y devolverle la salud... Si me perdona, se transfigurará su recuerdo con el sentimiento de eterna gratitud, que nunca se extinguirá en mi alma. Y este recuerdo lo tendré por sagrado y jamás



lo olvidaré, pues tengo un corazón leal. Ayer no hice otra cosa que volverlo a manos de aquel que ya antes era su dueño.

Nos volveremos a ver, usted vendrá a visitarnos, no nos abandonará, será eternamente nuestro amigo y mi hermano... Y cuando venga a vernos me dará usted su mano... ¿Verdad? Usted no tendrá reparo en tendérmela cuando me haya perdonado, ¿no es eso? ¿Su amor hacia mí será el mismo? ¿No?

Sí, quiérame usted, no me abandone, pues ahora le amo a usted tanto porque quiero ser digna de su amor, porque quiero merecerlo... ¡mi querido amigo! La semana que viene nos casamos. Él ha vuelto lleno de amor por mí y dice que nunca me olvidó... No se enfade porque le hable de él. Pero quiero ir a verle en su compañía y usted también le cobrará afecto. ¿No es verdad?

Perdóneme, pues, y no me olvide y no deje de querer a su

Nástenka



Largo rato leí yo aquella carta, y volví a releerla una vez y otra, y las lágrimas fluyeron a mis ojos; hasta que, finalmente, se me cayó de las manos y en éstas oculté el rostro.

— Bueno, señorito, pero ¿no ve usted? — clamó después de un rato la voz de Matriona.

— ¿Qué, vieja?

— Pues que ya quité las telarañas que había en todo el cuarto, de modo que puede usted casarse si quiere o traer invitados si le place, que por mi parte...

La miré a la cara. Es una mujer fuerte, joven todavía, pero no sé por qué me pareció verla de pronto con los ojos apagados, profundas arrugas en la frente vieja y achacosa, delante de mí... No sé por qué me pareció de pronto como si también mi cuarto se hubiese hecho tanto más viejo como ella. Vi palidecer los colores de las paredes, divisé todavía más telarañas en los rincones de cuantas antes se reunieran en ellos. No sé por qué, al mirar hacia afuera por la ventana, me pareció que la casa frontera también había envejecido y se había puesto más descolorida y ruinoso, que se había agrietado el estuco de las pilastras, cuarteado y ennegrecido las cornisas y llenado de manchas y basura las pardas paredes.

Acaso tuviera de ello la culpa aquel rayo de sol que de repente se abrió paso por entre las nubes, para en seguida volverse a ocultar tras una nube más oscura, anunciadora de lluvia, de suerte que todo se volvió todavía más lóbrego, más



sombrío... O sería que mis ojos miraron en mi futuro y en él vieron algo árido y triste, algo semejante a mí mismo, al que soy ahora, al que seré dentro de quince años, en el mismo cuarto, igualmente solo, con la misma Matriona, que en todo ese tiempo no habrá adquirido más juicio.

Pero no perdonar la ofensa, Nástenka, turbar tu clara y pura dicha con nubecitas oscuras, hacerte reproches para que tu corazón se atormente y sufra, y palpite dolorosamente, cuando no debe hacer otra cosa que exaltar jubiloso, o tocar siquiera una sola hojita de las tiernas flores que tú, al casarte con él, te pondrás en tus negros rizos... ¡Oh, no, Nástenka, eso no lo haré nunca, nunca! ¡Que tu vida sea dichosa y tan clara y gustosa cual dulce sonrisa, y bendita seas por el momento de ventura y de felicidad que diste a otro corazón solitario y agradecido!

¡Dios mío! ¡Todo un momento de felicidad! Sí, ¿no es eso bastante para colmar una vida?

FIN

